





Lou Carrigan



Un espía en el cerebro

Brigitte Montfort, agente Baby de la CIA, sufre un tremendo dolor de cabeza y un desmayo, que la obliga a ir al médico, el cual le asegura que no tiene nada.

Cuando llega a su casa, la está esperando Charles Alan Pitzer, jefe del Sector Nueva York de la CIA, y le cuenta que ha recibido un mensaje en el que parece que le leen los pensamientos.

En ese momento, Brigitte recibe también un mensaje que le demuestra inequívocamente que alguien lee sus pensamientos también.

Menos mal que Número Uno se encuentra en Nueva York haciéndole una visita y podrá echar una mano en este peliagudo asunto.



Lou Carrigan

Un espía en el cerebro

Brigitte en acción - 208

Archivo Secreto - 220

ePub r1.1

Titivillus 09-05-2021

Lou Carrigan, 1975
Diseño de cubierta: Benicio
Diseño portadilla VIII Aniversario: Moroco

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1




OCTAVO ANIVERSARIO

POLICIAL
INTRIGA





ARCHIVO SECRETO

Brigitte EN ACCION



Preludio

La imagen apareció en la pequeña pantalla colgada en una pared de la sala.

Una imagen que valía la pena de ser contemplada largamente.

Una imagen de mujer.

Lo que más destacaba en ella, en su rostro, eran los ojos. Grandes, azules, bellísimos, rebosantes de inteligencia, dulces y de mirada franca, directa. Sus cabellos eran largos, negros, suavemente ondulados. Su tez parecía de oro o de sol. La boquita era sonrosada, perfectamente visible en la gran proyección a todo color; el labio superior se alzaba un poquito por el centro, formando una muequecita deliciosa, de niña buena, amable, cariñosa. Y en la barbilla tenía un hoyuelo vertical, que confería un encanto especial, quizá un tanto pícaro, malicioso, a todo el rostro.

Un rostro que sólo podía definirse, en fin, como divino.

Aparecieron varias fotografías más de la misma muchacha: paseando por la calle, saliendo de una tienda de modas, saliendo de un edificio de apartamentos de lujo, apeándose de un taxi… Luego, reapareció la gran imagen del rostro dulcísimo, divino.

—Bien —dijo una voz un tanto cascada, de anciano—, esto es todo, lo último. Ya saben el resto, lo que tienen que hacer.

—Es preciosa —se oyó otra voz en la oscuridad de la sala.

—¡Eso no tiene la menor importancia! —se agrió la voz cascada de anciano—. ¡Lo que importa es que ella ha regresado de una de sus misiones para la CIA, que ha vuelto a Nueva York, y que la tenemos, por fin, todo preparado, a nuestro alcance! ¡Eso es lo único que importa!

—Sí, señor, pero es que… parece tan angelical…

—¡Es una fiera! —se alzó aún más la voz cascada—. ¡Es una maldita fiera! ¡Y ustedes van a ir por ella, harán todo lo que se les ha explicado! Y no confíen en ella, si los ve y se les acerca… ¡No

cometan ese error! Si ella los ve, y va hacia ustedes, huyan… ¡Huyan inmediatamente, ya encontraremos más oportunidades! Vayan con todo cuidado… No lo olviden, no se fíen de ella, de su aspecto angelical, de su sonrisa… No olviden que ella es Brigitte Montfort, la agente Baby de la CIA… ¡Vayan por ella!

Capítulo Primero

Miky Grogan, director del periódico neoyorquino *Morning News*, contemplaba, estupefacto, a la señorita Brigitte Montfort, Premio Pulitzer de periodismo, a la cual tenía el orgullo profesional y la grandísima satisfacción personal de contar en su nómina.

Pero no era esto lo que tenía estupefacto a Miky Grogan, porque él hacía ya muchos años que conocía a Brigitte, y empezaba a acostumbrarse a su belleza.

Lo que tenía estupefacto a Grogan era la petición de la divinísima periodista.

—Lo oigo y no lo creo —murmuró, por fin, Miky Grogan—. ¿Ha venido usted a pedirme permiso para no venir a trabajar esta noche en el periódico?

—En realidad —sonrió Brigitte, de pie ante él—, se trata de que usted sepa que no vendré, Miky.

—Ah… Ah, ah, ah… ¡Eso es otra cosa! ¡Usted no ha venido a pedirme permiso para no venir a trabajar, sino a *notificarme que usted ha decidido no venir a trabajar esta noche*! ¿Correcto?

—Zambomba —frunció el ceño Brigitte—, no creo que deba tomárselo así, Miky.

—¡Rezambomba, digo yo! Se ha pasado usted la vida haciendo lo que le da la gana, y ahora viene a pedirme permiso para hacer algo que lleva haciendo yo qué sé cuántos años: lo que le da la gana. Pero, en fin, querida mía, su amabilidad de esta noche me conmueve, así que permiso concedido… ¡A ver quién dice que no! —Miky Grogan sonrió con paternal afecto—. De todos modos, sería divertido negarle algo a la espía más peligrosa del mundo…

—No debe tomárselo así —insistió Brigitte—. Si usted cree que mi presencia en el periódico es imprescindible esta noche, pues… me quedaré.

—¡Requetezambomba! —exclamó Grogan—. Oiga, ¿qué le pasa? Se está usted portando esta noche como un angelito, parece una niña modosa y tímida, complaciente, cariñosa…

—A propósito, Miky: ¿tomó ya sus pastillas para la tensión arterial?

—Pues no, pero…

—Le traeré agua —dijo Brigitte.

Fue al gran depósito de cristal, tomó un vaso de papel, lo llenó de agua, y lo llevó a Grogan, que estaba petrificado por el asombro. Reaccionó cuando Brigitte dejó el vaso ante él; abrió uno de los cajones de la mesa escritorio, sacó el tubo de pastillas, extrajo una, y se la tiró a la boca, con gesto maquinal… Un corto trago de agua empujó la pastilla hacia el estómago…

—Eso es —sonrió Brigitte—. ¿Puedo hacer algo más por usted?

—Sí, hijita, si… ¡Ya lo creo! Dígame: ¿adónde va usted esta noche, tan… tan… exquisitamente dulce?

—Voy al teatro.

—Ah… ¿Sola?

—No, no. Voy con él.

—¿Con quién? ¿Con Frankie Minello, con ese pedazo de…?

—Miky: sólo hay un hombre en el mundo a quien yo defina simplemente como él.

Miky Grogan casi respingó.

—¿Está Número Uno en Nueva York? —casi gritó también.

—Sí —sonrió Brigitte luminosamente—, está aquí, ha venido a pasar unos días.

—Vaya, vaya, vaya… ¡Ahora lo comprendo todo! Además, no soy demasiado listo, porque debí comprender desde el principio que él estaba aquí, en Nueva York.

—¿Cómo podía comprenderlo? —se sorprendió Brigitte.

—Pues, hijita, porque cada vez que ese hombre anda por estos contornos, usted se convierte en una muchachita de lo más deliciosamente encantadora y tratable.

Brigitte Montfort, la espía más peligrosa e implacable del mundo, sonrió como una niña, espontáneamente, dulcemente.

—Miky —dijo—: si usted consigue que él se quede para siempre en Nueva York, me convertiré en su esclava.

Miky Grogan volvió a sonreír paternalmente.

—Ninguna esclava puede tener dos amos, querida niña. Yo no serviría para tener esclavas, por otro lado. Santo cielo, me gustaría saber cómo consigue ese hombre suavizarla a usted hasta estos extremos… ¿Cómo lo hace?, ¿cómo lo consigue…?

Brigitte *Baby* Montfort parpadeó.

—No hace nada —murmuró.

—Impresionante sujeto… ¿Dónde está ahora? Podía haber entrado con usted, ¿no?

—Está dando vueltas con el coche por delante del edificio. Es imposible estacionarse.

—Ya… Bien, de acuerdo, vayan al teatro y diviértanse… No haga esperar más a Número Uno, por si se enfada. Ese hombre…

—¿Enfadarse? —quedó atónita Brigitte—. ¿Quién? ¿Él?

—Sí, claro… No es agradable estar dando vueltas a la manzana, con este maldito tráfico.

—A Número Uno le tiene eso sin cuidado, Miky. Y, además, él no se enfada jamás conmigo. Si le digo que tengo que quedarme en el periódico, por ejemplo, dirá que «muy bien», y eso sería todo.

—Desde luego que es un tipo raro. Un hombre…

La puerta del despacho de Miky Grogan se abrió, de pronto, con tal brío, con tal impulso, que fue a dar contra la pared en el lado de los goznes, haciendo temblar todo el despacho, y, especialmente, el cristal translúcido en el que ponía: «Miky Grogan - Director», que estuvo a punto de saltar en pedazos…, igual que Miky Grogan, que se puso en pie de un salto, desorbitados los ojos, llevándose una mano al pecho, sobre el corazón, mientras Frank Minello entraba como un búfalo, excitadísimo, aullando:

¡Jefe, me han dicho…! ¡Ah, es verdad! —exclamó al ver a Brigitte—. ¡Estás aquí! Madre mía, ¡ya lo creo que estás! ¡Y cómo estás…! ¡Zambomba, rezambomba, requetezambomba y requetecontrazambomba…! ¡Cómo estás, Diosa de los Amores de…! Jefe: ¿qué le pasa? Está pálido, demudado, parece que se le vayan a caer los ojos sobre la mesa…, ¡y hasta está temblando!

Miky Grogan intentó decir algo, pero no pudo hablar. Brigitte miró, irritada, a Frankie Minello, su mejor amigo indiscutible.

—Frankie —refunfuñó—: ¿nunca aprenderás a entrar como es debido? Se llama a la puerta, pom-pom, y se pregunta: «¿Se puede?». Y si te dan permiso, empujas suavemente la puerta y

entras. Mira al pobre Miky: ¡está al borde del colapso, por tu culpa!

—Lo… lo… lo siento… Bueno, yo… Es que venía tan excitado… Pregunté por ti ahí fuera, y me dijeron que estabas aquí. ¡Jamás adivinarías a quién acabo de ver!

—¿Dónde?

—En la calle, en un coche que ha pasado por delante del edificio… Pero no. Debo estar equivocado, claro…

—Me tengo que ir —sonrió Brigitte—, así que otro día continuaremos con el juego, Frankie. Es que Número Uno me está esperando en un coche, dando vueltas al edificio, ¿sabes? Adiós, Miky. *Ciao,* Frankie.

Salió del despacho, con el aire de una reina que abandona la sala del trono. Frank Minello se había quedado boquiabierto, petrificado… Tardó bastante en reaccionar, volviéndose hacia Grogan, que estaba tomando de la mesa un sólido y gigantesco abrecartas.

—Jefe, ese sujeto… ¿Qué hace con ese abrecartas? ¿Por qué me mira así? Jefe… ¿Qué pretende, jefe? ¡No!

—Grogan estaba rodeando la mesa, mirándolo con expresión asesina.

—¡Jefe, que ese chisme no corta, pero chincha…! ¡Adiós, jefe!

Salió corriendo del despacho como si estuviese en una pista de atletismo, y en pocos segundos alcanzó a Brigitte en el amplio pasillo.

—Zambomba —jadeó—, ¡quería matarme!

—Algún día lo hará —aceptó Brigitte—. Y ese día, yo sería testigo ante un jurado.

—¡Lo acusarías! ¡Je, je, lo condenarían a muerte…!

—No creo. Yo sería testigo…, pero de descargo, Frankie. Demostraría que tu asesinato había estado justificado. ¡Vaya si lo demostraría!

—¿Eso harías? —se entristeció Minello—. ¿Protegerías a mi asesino?

—Estoy intentando hacerte comprender que cualquier día tú matarás a Miky de un sobresalto. Pero hombre…, ¿no comprendes que ya empieza a estar viejecito, que necesita paz, suavidad…?

La cabina acababa de detenerse ante ellos, y Minello apresuróse a abrir la puerta. Ya los dos en el ascensor, pulsó el botón dé la

planta, refunfuñando.

—¿Qué refunfuñas? —lo miró Brigitte.

—¡Tengo ordenado que siempre que tú tomes el ascensor esté lleno de flores, y de música celestial! ¡Le voy a machacar la cabeza a ese botones que el demonio…!

—Frankie, Frankie…

—Je, je… Quería decir que le recordaré amablemente al querido muchacho que ponga flores para ti siempre. Sí, eso quería decir… ¿De verdad he visto a ese sujeto?

—¿A Número Uno?

—Sí, sí, a ese sujeto…

—Lo has visto.

—¡Qué mala noche tengo! ¿Y adónde vais?

—Al teatro.

—¡Qué tontería! Precisamente hay una estupenda velada de boxeo en… No. No te interesa, ¿verdad?

—Me interesa todo, pero esta noche voy al teatro con Uno.

—Pues yo había pensado llevarte al boxeo.

—Díselo a él: quizá no le importe prescindir de mi compañía para darte gusto, Frankie.

—Oye, que nadie puede ser tan loco…, ni tan raro. ¿Crees que ni tan siquiera me escucharía?

—Por supuesto que sí: Uno es muy cortés y amable.

—¡Amable! ¡Un tipo con esa musculatura tan engañosa, que parece que no tiene ni pellejo, y luego resulta que es todo como una lámina de acero que…!

—Cualquiera que te oyese pensaría que Uno es una especie de monstruo…

—¡Y lo es! ¡Solamente un monstruo podría haber conseguido tu amor! ¡El muy maldito monstruo…! Bueno: ¿y qué tendría de malo que te vinieras conmigo al boxeo? ¿Eh? ¿Qué tendría de malo?

—Nada. Ya te he dicho que se lo preguntes a él. A mí lo mismo me da, porque puedo ir mañana al teatro.

—Sois muy raros —reflexionó Minello—. ¡Sois muy raros los dos, Brigitte!

Minello tiró de la gran puerta de cristal, y se apartó haciendo una reverencia. Brigitte salió al gran vestíbulo exterior, de suelo de mármol rojo, y miró hacia el borde de la acera.

—Debe estar dando la vuelta —dijo—. No tardará.

—Pues ojalá tarde mil siglos. ¿Me das un beso?

—¿Para qué?

Minello señaló a su alrededor.

—Observa qué bien iluminado está esto: todo el mundo nos vería, y yo tendría testigos. Sí, señor, tendría tantos testigos, que ese sujeto tendría que admitir que me habías besado. Y entonces, quizá te abandonase, y yo te recibiría con los brazos abiertos, encantado de la vida, y seríamos felices, y…

—Frankie, ya soy feliz. Y, además, a Uno no le importaría que te besase. Ya sabe que te quiero.

—¡Pues maldita sea, no hay derecho a que ese sujeto sea tan comprensivo contigo, y que tú le quieras tanto, y que…! Brigitte… ¿Qué te pasa? ¡Brigitte!

El último grito lo lanzó Minello ya pálido como un muerto…, mientras Brigitte, que se había llevado una mano a la cabeza mientras sus facciones se crispaban en una horrible mueca de dolor, se tambaleaba, gemía lastimeramente, y caía hacia delante…

—Santo Dios —tartamudeó—. ¡Brigitte, Brigitte! ¿Qué te pasa? ¡BRIGITTTEEEE…!

Era como tener un cadáver en los brazos. Un cadáver cuya palidez, ciertamente, no era superior a la de Frank Minello, que parecía a punto de desmayarse también. Algunas personas se habían vuelto a mirarlos, y de dentro del *Morning News* salió el conserje y dos botones, seguidos por algunos periodistas compañeros de Minello y de Brigitte…, mientras, junto al bordillo, un «Cadillac» se detenía con seco frenazo, y un hombre vestido de esmoquin parecía salir disparado de su interior…

Un gigante atlético, delgado, pero de hombros sorprendentemente anchos, manos grandes bronceadas por el sol, como su rostro, que parecía de piedra, con otras dos piedras negras, impresionantes, que podían definirse como ojos. Llegó en unas zancadas junto a Frank Minel1o, y éste respingó al ver la recia barbilla, la boca que parecía un corte en una roca.

—No…, no sé lo que le pasa —tartamudeó, a punto de llorar—. Estábamos charlando… Señor Uno, le juro que no tengo la culpa, no he hecho…

—Está bien, Frankie —dijo con absoluta serenidad Número Uno

—. No se ponga nervioso, muchacho. Démela.

—Sí… Sí, señor, sí… Yo… yo-yo lo… lo siento, pero no… no se lo que he podido decirle para…

Número Uno no le escuchaba, en realidad Había examinado velozmente la parte frontal del cuerpo de Brigitte, y se tranquilizó él también al no ver herida alguna de bala en el pecho u otra parte.

Y de pronto, cuando Número Uno se disponía a depositar a Brigitte, en uno de los grupos de sillones sin brazos de la sala de espera, ella abrió los ojos, el color volvió a su rostro, súbitamente sereno, dulce, tranquilo pero que enseguida mostró una gran sorpresa.

—¿Qué…? ¡Uno!

El mejor espía masculino de todos los tiempos se irguió, fruncido el ceño, todavía con Brigitte en sus brazos.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí… Claro. ¿Qué pasa? —a su alrededor vio los rostros conocidos de sus compañeros del *Morning News* mirándola asustados, y se mordió los labios—. ¿Qué ha pasado?

—Al parecer, te has desmayado.

—Qué tontería… Estoy muy bien, de veras. Sólo…

—¿No quiere que llamemos al médico, señorita Montfort? ¿De veras que está bien?

—De veras, Sammy. Estoy bien, no os preocupéis. Por favor, volved a vuestro trabajo, no ha sido nada…

—Pe-pe-pero, ¿qué… qué te ha pasado? —gimió Minello—. Estábamos tan tranquilos charlando y… y de pronto, pa-pareció que… que caías como… como si estuvieras muerta…

—Estoy bien —insistió Brigitte—. Ah, mi amor, Frankie quería llevarme al boxeo. Le he dicho que tú decidirías, porque la velada de boxeo no se repetirá, y en cambio al teatro podemos ir cualquier otro día. La obra tiene tanto éxito, que durará en cartel Dios sabe…

—Iremos a casa —dijo Número Uno.

—¡Pero si estoy bien!

Número Uno miró a Minello.

—¿Qué dice usted, Frankie? ¿A casa o al boxeo?

—A casa… ¡A casa inmediatamente! ¡Y le diré al médico que vaya a…!

—¡Tú no le dirás nada a ningún médico! —exclamó Brigitte—.

¡Y vamos a ir o al teatro o al box…!

—No seas niña —murmuró Número Uno—: iremos a casa. Aunque lo del médico puede esperar a mañana, supongo. ¿De acuerdo?

—Sí, mi amor.

Número Uno asintió con la cabeza, la tomó del brazo, y se dirigieron hacia la puerta, que el empleado abrió. Estaban a punto de salir los dos cuando Uno se volvió, mirando a Minello, que parecía clavado en el suelo, mirándolos tristemente.

—¿No viene, Frankie? —preguntó Uno, sorprendido.

—¿Yo?

—¿Quién, si no?

—Bu-bueno, como… como está usted… Yo pensé que no… que no quería que… que yo…

—No diga tonterías —cortó Uno—. ¿Viene o no viene?

—Sí, señor —se iluminó el rostro de Frankie—. ¡Ya lo creo que voy con ustedes, sí, señor!

Se reunió con ellos, radiante de alegría. Brigitte dijo, sonriendo:

—Vas a perder la velada de boxeo, al parecer.

—¡Al demonio todas las veladas de boxeo del mundo! ¡Vaya una estupidez, sabiendo que quizá tú no estás bien, y que…! ¡Al demonio el boxeo!

Número Uno miró a Frankie, y éste le pareció que había un extraño destello de calor en el fondo de los negrísimos ojos, cuando el espía dijo, sonriendo a medias:

—Y al demonio el teatro, Frankie… ¿Verdad?

—Sí, señor… Al demonio todo…, menos Brigitte.

Capítulo II

Pero, naturalmente, Brigitte resolvió el problema. Minello era el jefe de la Sección Deportiva del *Morning News*, y aquella noche, su obligación profesional era ineludible: asistir a la velada de boxeo para informar de ella a los lectores del periódico, en la edición de la mañana.

Problema simple, por otra parte: la televisión. Peggy, la fiel doncella de la superespía internacional, llevó a la terraza el televisor portátil, de quince pulgadas, y ya está. Allí, en la formidable terraza, que incluso tenía una pequeña piscina, palmeras enanas y flores, los tres se acomodaron, tomaron unos bocadillos, y, como una muestra más de afecto hacia el buen Frankie, bebieron nada menos que cerveza, directamente de la lata. En realidad, lo que ocurrió fue que pasaron una velada estupenda, hasta el punto de que incluso Número Uno, que siempre era serio como una piedra, rió algunas de las ocurrencias de Minello.

—Ese *Lion* O'Malley tiene de león lo mismo que yo de enanito de Blancanieves —refunfuñaba—. ¡Mírenlo, mírenlo…, parece más bien una grulla! ¡Pero será zopenco, el tío…! ¡Animal, esconde la tripa, que te la van a dejar hecha un pastel! ¡Ahí va, cómo le están zumbando! ¡Más valdría que fueses al gimnasio, so cretino, en lugar de ir a tomar copas al Sando's todas las noches! ¡Dale con la derecha, idiota, con la derecha…!

Brigitte reía como nunca, y Peggy, que se había sentado en la entrada a la terraza, estaba inundada de lágrimas…, de risa. En cuanto a Número Uno, la media docena de sonrisitas que Frankie consiguió que asomasen a sus prietos labios, fueron toda una victoria.

Y mientras tanto, lo mismo Minello que Número Uno dirigían frecuentes miradas a Brigitte. Impávidas las de Uno, expectantes las

de Minello. Mas, por fortuna, Brigitte estaba tan bien como siempre, y parecía haber olvidado lo sucedido en el vestíbulo exterior del *Morning News*.

—¡Bueno…! —exclamó Minello—. ¡De menuda porquería de velada me he librado…! Oye, Flor de mis… Esto… Quiero decir, Brigitte: ¿Te importaría que viniese a ver otras veladas aquí? ¡Lo he pasado bomba!

—Qué tonto eres, Frankie… ¿Desde cuándo tienes que pedirme permiso para venir a mi apartamento? La verdad es que incluso estaba pensando en darte una llave.

Minello; que se había incorporado para apagar el televisor, quedó inclinado sobre éste, contemplando, estupefacto, la ya oscura pantalla.

—¿Qué…, qué… qué…? —exclamó, por fin.

—Que te voy a dar una llave de mi apartamento.

—Pe-pe-pero… ¡Vaya, es una broma muy divertida! —rió entre dientes Frankie, mirando de reojo a Número Uno.

—No es ninguna broma —aseguró Brigitte.

—Bueno, pues… Esto… ¡Mira qué bien! Oiga —miró a Uno, fijamente—: ¿Y usted qué dice a eso?

—¿A qué?

—¡A eso de que Brigitte me dé una llave de su apartamento!

—No digo nada. El apartamento es de Brigitte, no mío.

—¡Toma, eso ya lo sé! Pero… Bueno, eso de que yo pueda entrar aquí siempre que quiera…

Número Uno tuvo un rasgo de relativo humor.

—Espero que no le robe nada a Brigitte.

—¿Yo? —respingó Frankie—. ¿Robarle yo a…?

—Es lo peor que se me ocurre —reflexionó Uno—. Y no creo que usted se molestase en ello, ¿verdad?

—¿Y sí la sorprendo… en el baño?

—A lo mejor, en ese momento Brigitte necesita la toalla y usted se la alarga.

—¿Y si la veo… desnuda?

—Pues felicidades.

—¡Pero qué raro es usted, zambomba, qué raro…!

—Frankie —seguía riendo Brigitte—: ¿no deberías escribir lo de esta noche, para llevarlo al *Morning* a tiempo de la edición de

mañana?

—Sí… Sí, claro, entiendo… Bueno, pues… me voy ¿no?

—Es una genial solución.

—Sí, pero… Bueno, estaba pensando…

—Me encuentro perfectamente —adivinó Brigitte la vacilación de su amigo—. Vamos, no seas tonto; no fue nada.

—Bien… Esto… Bueno… Buenas noches, ¿verdad?

—Es lo que se acostumbra a decir —deslizó Número Uno.

—Sí, claro… Bien. Vaya… O sea, que me voy…

—De un momento a otro, supongo —rió de nuevo Brigitte; se acercó a él y le besó en ambas mejillas—. Buenas noches, Frankie.

—Bu-bu-buenas… noches. ¡Oiga! —se volvió hacia Número Uno —. ¿Ha visto eso? ¡Me ha besado!

—Le envidio —aseguró Número Uno.

—¿Y eso es todo?

—¿Qué más? —se sorprendió el espía.

—Pues… ¡Demonios, Brigitte es suya, ¿no?!

—Mío sería un pastel que yo hubiese comprado, o un coche, o unas zapatillas… ¿Cree usted que alguien puede comprar a Brigitte?

—Pu-pues no… ¡No! ¡Pero usted es un tío muy raro, zambomba!

Y salió de la terraza a paso de fuga, casi arrollando a Peggy, que, sin duda, era la que mejor lo había pasado, riendo sin cesar. Todavía estaba riendo cuando Brigitte fue a sentarse en las rodillas de Número Uno, le echó los brazos al cuello…

—¿De verdad has tenido envidia de Frankie porque le he besado? —murmuró ella, mimosamente.

Peggy se apresuró a abandonar la terraza, también a paso de fuga.

—En absoluto —negó Número Uno.

—¡Oh! ¡Eres un antipático!

—Soy realista. Algunas veces, yo también he besado a *Mamma* María, al llegar o marcharme de Villa Tartaruga… ¿Tienes tú celos de *Mamma* María?

—No —rió Brigitte—. ¡Santo cielo, no! ¡Adoro a *Mamma* María, porque sé que ella te cuida, te quiere…!

—No creo que ella me quiera más a mí que Frankie a ti.

—Eso es verdad… ¡Es tan bonito querer, mi amor! Es tan bonito… tan bonito…

La sonrosada boquita de *Baby* Montfort llego a aquella especie de seco corte en una roca, en dulcísima caricia. Número Uno la rodeó con sus brazos, y durante un tiempo en el que debieron morir, agotadas, cientos de estrellas, estuvieron besándose…

—Te amo —susurró Brigitte; y se estremeció—. ¡Oh, Dios mío, cuánto te amo…!

Número Uno tardó unos segundos en reaccionar. Y cuando lo hizo, Brigitte volvió a estremecerse, porque, a su manera, él le dijo que también la amaba.

—Mañana por la mañana iremos al médico.

—Sí, mi amor.

—¿Qué te ocurrió?

—No sé… Estaba estupendamente, riéndome de las tonterías de Frankie, y de pronto… fue como si…, como si una lanza me atravesase la cabeza, sentí un dolor horrible, como nunca en mi vida…, y eso fue todo. ¿Te imaginas? —quiso reír—. ¡La agente Baby desmayándose en plena calle!

—Asombroso —murmuró él—. ¿Sabes de algún buen especialista?

—Pero si no es nada, no tiene importancia…

—Hemos convenido ya, que iremos al médico. Y puestos a ir al médico, iremos al mejor. A menos que hayas tenido con frecuencia ese dolor, y ya estés acostumbra da, y sepas que no tiene importancia.

—No… Nunca lo había sentido antes. Fue horrible No me sorprendería haber muerto, de tanto dolor.

—Si hubieses muerto, no podrías sorprenderte.

—¿Crees que puedo tener… un tumor o…?

—Yo no soy médico.

—¿Pero has pensado que podría ser un tumor?

Número Uno no contestó esta vez. Ni en seguida, ni más tarde. Sus manos apretaron con un poco más de fuerza la cintura de Brigitte, y eso fue todo. Para ella, suficiente. Descansó la cabeza en el hombro de él, tocando su mejilla, y quedó quieta, silenciosa. Se oía el rumor del pequeño surtidor, se olían las flores de la terraza.

«No puede ser bueno amarse tanto —pensó—. Porque cuando dos personas se aman así, debe ser terrible que uno de los dos… desaparezca. ¿Qué puede hacer el que queda? Dios mío, ¿qué haría

yo si Uno muriese?

Y tanto él como yo podemos morir en cualquier momento…, a menos que dejemos definitivamente el espionaje. Estoy… entregando parte de mi vida a otras personas, que valen infinitamente menos que él…, mientras él siempre me está esperando. No hace mucho le hirieron, y me ama tanto, que se privó de venir por mi cumpleaños para que yo no viese que estaba herido…

Y la culpa es mía. Estoy segura de que, si me fuese a Villa Tartaruga con él, dejaría el espionaje. No tiene por qué seguir en esto, ya destrozaron su vida, su fe en los demás[1]; Sólo tiene fe en mí, sólo me ama a mí…, y yo no acepto estar para siempre con él, porque me dedico a ayudar a otras personas en todo el mundo… Pero ¿por qué no le ayudo a él? Tenemos tanto dinero, entre los dos, que podríamos regalar nueve décimas partes a quien lo necesitase, y con la décima parte vivir magníficamente el resto de nuestras vidas…, que quizá llegasen a los cien años. Y podríamos… tener hijos. Me gustaría tener muchos hijos de Uno, muchos… Los primeros serían mellizos: un niño y una niña…

»¿Y si tuviese un tumor maligno en la cabeza? Soy muy bonita, pero mi cabeza es como las demás cabezas del mundo, así que bien podría tener un tumor, como otras personas… ¡Qué dolor tan horrible sentí! Frankie debió asustarse mucho, pobrecillo. Y no sé qué más pasó, hasta que abrí los ojos, y estaba en brazos de Uno… ¿Qué pudo ocurrirme? Si aquel dolor hubiese durado tan solo un segundo más, habría gritado que prefería morir…

»Fue espantoso. Si tengo un tumor… y muero…, ¿qué será de Uno? ¿Qué será de mi amor, del único hombre al que puedo amar, si no tiene la única mujer a la que puede amar? No quiero morir… No por mí, que descansaría para siempre, sino por él, por Uno, por mi amor…».

—Brigitte —susurró Uno, tiempo después, ya silenciosa Manhattan—. ¿Brigitte?

Ella no contestó. Número Uno la separó un poco, cuidadosamente, y se quedó mirando su rostro de niña, tan dulce, tan apacible… Besó los labios frescos y tiernos de la espía, suavemente, y se la quedó mirando, dormida en sus brazos, igual que una niña, sí.

Número Uno sentía una enorme bola espesa en la garganta que no podía tragar.

«No —pensó—. A ella no puede pasarle nada, nada, nada…».

—Nada —sonrió el doctor Stephen Mc Allister—. Absolutamente nada, señorita Montfort.

—¿No tengo un… un tumor, o…?

—¡Por Dios, claro que no! —respingó el médico—. ¡No tiene usted absolutamente nada en la cabeza! Es decir —rió—, tiene un cerebro… sorprendente.

—¿Sorprendente?

—Pues… a menos que todos mis aparatos se hayan vuelto locos, acabo de descubrir un cerebro excepcional. Ciertamente, leo sus escritos, y la tenía por una persona muy inteligente y bien preparada, pero… no tanto, de veras. Estoy sorprendido. Según todos los coeficientes que he obtenido con mis…

—¿Qué pudo ocurrirle? —murmuró Número Uno.

—No lo sé.

—¿No lo sabe? —murmuró Brigitte—. Pero tendrá alguna… algún diagnóstico que…

—Ninguno. No tengo la menor idea de lo que ha podido ocurrirle, de veras. Mire, para ser sincero, he pasado unas horas estupendas examinándola, eso es todo. Jamás había visto una máquina humana tan perfecta en todo su funcionamiento. ¿Qué pudo ocurrirle…? Bien: ¿nunca le ha dolido de pronto un pie, o la espalda, o el codo, o una muela…, y ese dolor ha desaparecido para nunca volver?

—Sí… Sí, desde luego.

—Pues debió ser eso. Muchas personas se asustan enseguida, pero no tiene importancia.

—La señorita Montfort no es de las personas que se asustan —dijo un tanto secamente Número Uno—. Nunca se asusta por nada.

—Le creo, señor…, señor…

—Coleman.

—Oh, sí. Bien, señor Coleman, le creo. Y no quisiera que ustedes pensasen que soy un charlatán que sólo piensa en sus honorarios…, porque les advierto que la factura que le voy a enviar a la señorita Montfort va a ser de las buenas. Podría murmurar algunas palabras que ustedes no entenderían, impresionarlos con mis conocimientos,

recetarle algo a la señorita Montfort, como un tratamiento a base de *shocks* eléctricos, o pastillas, o una cura de reposo… Dentro de quince días estaría perfectamente, y yo habría quedado como un genio. Pero eso sería estafarles: la señorita Montfort no tiene absolutamente nada que deba preocuparles. Si todos los habitantes de Nueva York estuviesen como ella, yo tendría que dedicarme a otra cosa. Me parece que no puedo ser más claro, señor Coleman.

—No… No puede ser más claro. Gracias por todo.

—Gracias a ustedes. Hoy ha sido un día agradable: es estupendo examinar de vez en cuando una cabecita que funciona tan infaliblemente…, y además, tan linda.

Brigitte se puso en pie, sonriendo cortésmente.

—Gracias, doctor Mc Allister. Espero su factura.

—Le llegará, no le quepa duda —rió el médico, teniendo su diestra—. Mi enfermera los acompañará, discúlpenme.

Afuera, en el antedespacho, la enfermera se puso en pie al verlos aparecer, y se acercó a ellos, con una cuartilla en la mano que tendió a Brigitte.

—Llamó su sirvienta, señorita Montfort, y me pidió que tomase el recado: parece ser que ha llegado su tío Charlie a casa… Ha sido todo un examen, el suyo.

—Sí… Todo un examen.

—Espero que el resultado haya sido favorable. No parece una persona que deba preocuparse por su salud.

—Gracias… Gracias por todo.

—A usted. Permítanme acompañarlos…

Segundos después, en el ascensor, Brigitte tendía la nota a Número Uno, que la leyó. Decía, simplemente:

> *«Tío Charlie está en casa esperándola.*
>
> *»Es urgente.*
>
> *»*Peggy*».*

—Quizá no debí decirle a Peggy dónde estaría, ¿verdad, mi amor? —susurró Brigitte.

—¿Por qué no? Si no hoy, habría sido mañana, o pasado… Tu… tío Charlie no puede pasarse sin ti. Seguramente, tendremos que decirnos adiós, ¿no crees?

—No lo sé —murmuró ella—. Pero, al menos, te marcharías tranquilo respecto a mi estado de salud.

—Desde luego. Pero por muy saludable que esté una persona, no creo que pueda asimilar unas cuantas balas, o una cuchillada, o…

—No seas pesimista —intentó sonreír ella—. Ya verás como tío Charlie se ha enterado de lo que me ha ocurrido, quizá por Frankie, y sólo quiere saber como estoy. Pobre Frankie… Se presentó en casa a las ocho de la mañana, y no le permitimos venir… Debe estar preocupadísimo…

—¡Hola! —exclamó alegremente Frank Minello, en cuanto aparecieron en el salón del apartamento—. ¡Viva la alegría y la juerga, vivan mi madre y mi abuela viva yo, y viva el mundo, y viva…!

—¡Frankie! —reprochó Brigitte, atónita—. ¡Te suponía muy preocupado, y te encuentro riendo como un tonto…, y bebiéndote mi champaña «Perignon» como si fuese agua!

—¡Viva mi madre! —saltó Minello como un mico, con una botella de champaña en la mano, y riendo en el colmo de la felicidad.

Incluso Número Uno parecía desconcertado… Pero Charles Pitzer, alias tío Charlie, jefe del Sector Nueva York de la CIA, lo aclaró todo, alzándose del sillón que había estado ocupando y diciendo:

—Cuando llegué yo, ese gorila estaba llamando al teléfono…, y desde entonces ha llamado no menos de quinientas veces más. Parecía medio muerto…, hasta que hace unos minutos ha lanzado un grito de indio apache se ha puesto a saltar, ha ido a la cocina, y ha vuelto con dos botellas de champaña… Está terminando la segunda.

—Frankie —murmuró dulcemente Brigitte—: ¿has estado llamando todo el tiempo al consultorio del doctor Mc Allister? ¿Y finalmente te han dicho que no tengo nada?

—¡Zambomba! —aulló Minello, sin dejar de saltar—. ¡Se me está terminando el «Perignon»! ¡Y con lo rico que está…! ¡Voy por más botellas, esto hay que celebrarlo…!

Saltó hacia Brigitte, la besó, le sacó la lengua a Número Uno, y salió como un rayo del salón, agitando la botella y gritando «viva mi madre».

—Está loco, ese tipo —farfulló Pitzer—. Pero nadie podrá dudar de que la quiere. ¿Qué es todo eso del mélico…?

—No tiene importancia… ya —sonrió Brigitte—. Caramba, tío Charlie: ¿qué le ha pasado a usted en la cara?

—¿A mí? Nada… Nada. Hola, Número Uno.

—Hola —replicó Uno, distante.

Brigitte miraba la cara de Pitzer, en cuyo lado derecho y en la nariz se veía un oscuro hematoma, en parte del cual se veía una delgada costra de sangre seca. ¿No le había pasado nada? Bueno.

—Qué cordialmente se saludan ustedes —rió la espía, tomando a Uno de una mano y tirando de él hacia el sofá—. Bien, tío Charlie: ¿qué sucede para tanta urgencia?

—Pues… Bueno. —Pitzer miró de reojo a Número Uno—. Vaya, es un asunto de la CIA, desde luego.

Número Uno apretó los labios. Brigitte rió quedamente, sin soltar su mano.

—Tío Charlie: ¿aún no se ha enterado de que yo le cuento todo a Número Uno? Vamos, no sea infantil: ¿qué sucede?

—Bien. Veamos, usted sabe que cada primero de mes, puede ser el día, uno, dos o tres, voy a la Central, para recibir instrucciones sobre posibles cambios en el Sector, y que luego, de acuerdo a esas instrucciones, reorganizo o cambio los dispositivos en el Sector… Regresé hace dos días, y, los he dedicado a pensar en las nuevas… directrices del Sector. Finalmente, esta mañana, a eso de las diez, me puse manos a la obra. Este es el resultado.

Brigitte miró el papel que le tendía Pitzer, pero no se movió.

—Usted sabe que nunca quiero saber eso, tío Charlie.

—Por favor, léalo.

—No.

—Se lo suplico. De lo contrario, quizá veinte o treinta de nuestros agentes sean asesinados.

Brigitte respingó, tomó el papel, y comenzó a leer, mientras Número Uno, indiferente, encendía un cigarrillo.

En el papel ponía:

CIA - Sector NUEVA YORK.

Julio, once Disposiciones - Tácticas - Vigilancia - Coordinación General - Centro

de Comunicaciones - Personal - Servicios.

Personal disponible: veintinueve agentes - N. Y 7117.

Servicio activo en el Sector: 29.

Reserva de apoyo y misiones especiales: N. Y. 7117.

Disposiciones:

A partir del día de la fecha, todo el personal activo se dedicará exclusivamente, y hasta nueva orden, a recoger datos respecto a la impresión general de la visita de *mister* Breznev a Estados Unidos. Subsiguientemente, cualquier canal de información respecto a opiniones públicas, será seguido hasta su raíz. Todos los ciudadanos cuyas opiniones no encajen en la Actitud C serán tenidos especialmente en cuenta para posteriores investigaciones de índole personal. Todos los…

Más irritada que asombrada, Brigitte continuó leyendo las disposiciones del jefe de la CIA en el Sector Nueva York. Estaba todo explicado allí: disposiciones, tácticas, Vigilancia… Todo. Se incluían nombres de agentes que realizarían determinados servicios, cambios de onda radical, domicilios de los agentes pasivos.

Era como tener en las manos a veintinueve hombres, a los que se podía manejar como si fuesen títeres.

—Todo esto es repugnante —dijo Brigitte, devolviendo el papel a Pitzer, con seco gesto—. Y, francamente, Charlie, me sorprende muchísimo que usted vaya por ahí llevando encima semejante memorándum. Es así todas estas disposiciones se emiten por radio, y supone que el jefe de Sector no las escribe, sino que mantiene en su memoria. Precisamente por esto, un jefe de Sector debe tener una memoria excepcional cono la suya. El procedimiento no es, ni mucho menos, llevar encima notas como ésta. Usted no debió escribirlas…

—Este papel no lo he escrito yo. Ni siquiera está escrito en mi

máquina, debió darse cuenta de ello.

—Ahora que lo dice… Sí. Pero… no entiendo: ¿dice que no lo ha escrito usted?

—No.

—Entonces, ¿quién? —se sorprendió la divina espía.

—No lo sé. Mi procedimiento es el siguiente, una vez he recibido las instrucciones mensuales o de excepción: escribo a mano, en una cuartilla, todos los elementos de que dispongo en el Sector, hago un esquema de distribución radial, pongo los nombres en cada cometido, lo estudio, modifico lo que convenga, y entonces, paso por la radio las instrucciones que he escrito. Una vez hecho esto, ya seguro de que no las voy a olvidar, quemo el papel y lo tiro al inodoro.

—Pero… este papel no lo ha tirado usted al inodoro…

—Me llegó hacia el mediodía a la floristería, en un sobre. Lo trajo un hombre corriente.

—¿Podría ser que… que uno de nuestros Simones… subiese pasado esa información a alguien que…?

—Imposible. Cada Simón, como usted llama a nuestros hombres, conoce su cometido y el de sus enlaces directos, pero ninguno, fíjese bien, ninguno, conoce todo el dispositivo completo del Sector.

—Pero… es que no comprendo… No entiendo…

—Se lo diré de otro modo: solamente yo sabía todo lo que contiene este papel. Y yo no he escrito esto.

Completamente desconcertada, Brigitte miró a Número Uno.

—¿Lo entiendes tú, mi amor?

—No. Pero parece que, salvo que Pitzer sea un traidor solapado, que se esté cubriendo las espaldas, alguien ha podido… leer sus pensamientos. Cosa imposible, por supuesto.

—¿Qué está diciendo? —palideció Pitzer.

—Me parece que le está llamando traidor —rio Brigitte—. Pero es una de las escasas bromas de Número Uno. Veamos, tío Charlie, reflexione: ¿está seguro de…?

—¡Escuchen, todavía estoy en mis cabales, tengo la cabeza en perfecto funcionamiento, sé lo que hago y lo que digo…! El día en que no sea así, me retiraré. ¡Por el cielo, no voy a tener un Sector de la CIA en mis manos, sin saber lo que hago, digo o escribo! ¡Les digo…!

—Cálmese, tío Charlie. Concentrémonos en el caso: usted hizo su croquis esta mañana, hacia las diez. Pasó las órdenes generales. Releyó su propio escrito, lo… archivó en su excelente memoria, y… quemó el papel que contenía el croquis y tiró las cenizas al inodoro. ¿Correcto?

—Correcto y exacto. Y a las doce, recibo este papel, con unas disposiciones que solamente yo conozco. ¡No puedo entender cómo es posible que…!

—Señorita —apareció Peggy en el salón—: ¿le doy todas las guindas que tenemos en casa a Frankie? Dice que quiere hacer un ponche o no sé qué en una sopera, y que quiere cinco botellas de champaña y todas las guindas.

—¡Ese mamarracho…! —saltó Pitzer.

—Dale a Frankie lo que pida, Peggy —sonrió Brigitte—. Y cuidado con sus pellizcos: está lanzado.

—Ay, señorita, ya lo sé, ya… —se sofocó Peggy—. Oh, me olvidaba: Frankie me ha dado este sobre para usted. Dice que, hacia las once y media, cuando yo estaba en el supermercado, lo subió el viejo Pete, diciendo que era urgente, pero Frankie se lo guardó, y…

—Está bien —una luz de alerta había aparecido en los ojos de Brigitte, mientras tomaba el papel—. Peggy, llama por el teléfono interior a Pete, y pregúntale quién le entregó este sobre para mí.

—Sí, señorita.

Peggy se retiró, y Brigitte rasgó un extremo del sobre… mientras sonaba el teléfono. Número Uno se inclinó hacia la mesita, y descolgó el auricular.

—¿Sí?

—¿…?

—Es para ti —tendió Uno el auricular.

—Gracias, mi amor. ¿Diga?

—Señorita Montfort: ¿está… sorprendida?

—¿Sorprendida? ¿Por qué motivo? ¿Quién es usted?

—Parece que se ha pasado el día fuera de casa… ¿No han entregado un sobre para usted?

—Sí… Precisamente ahora mismo me disponía a leer la…

—Oh, entiendo. Bueno, llamaré dentro de unos minutos. Le deseo una feliz y romántica lectura. Hasta luego.

Clic, se oyó el sonido del auricular del comunicante, al ser

colgado. Brigitte se quedó unos segundos mirando el suyo. Luego, lo colgó lentamente, y miró a Número Uno, cuyos ojos parecían penetrar en los suyos.

—Algo… algo raro está pasando, mi amor.

—Qué sorpresa.

Ella sacó el papel que contenía, pero todavía, antes de empezar a leer, tuvo otra interrupción; Peggy reapareció, explicando:

—Señorita, Pete dice que el sobre lo trajo un hombre, que le dijo que era para usted, y eso es todo.

—Gracias, Peggy. Ve a vigilar a Frankie, o nos va dejar la cocina convertida en ruinas.

—Sí, señorita.

Y por fin, Brigitte Montfort pudo dedicarse a leer el contenido de aquel mensaje.

Capítulo III

Un papel, de buena calidad, bien doblado horizontalmente en tres secciones.

Decía:

«INFORME DE SPITBRA PARA:

»Miss Brigitte Bierrenbach Montfort.

»(Agente N. Y. 7117 de la CIA. — Baby).

»Julio, 10 — 11, 52 p: m.

»No puede ser bueno amarse tanto… Porque cuando dos personas se aman así, debe ser terrible que uno de los dos… desaparezca. ¿Qué puede hacer el que queda? Dios mío, ¿qué haría yo si Uno muriese? Y tanto él como yo podemos morir en cualquier momento…, a menos que dejemos definitivamente el espionaje. Estoy… entregando parte de mi vida a otras personas que valen infinitamente menos que él…

… gritando que preferiría morir… Fue espantoso. Si tengo un tumor… y muero…, ¿qué será de Uno? ¿Qué será de mi amor, del único hombre al que puedo amar, si no tiene la única mujer a la que puede amar? No quiero morir… No por mí, que descansaría para siempre, sino por él, por Uno, por mi amor…

«NOTA: seguirán más informes de:

»SPITBRA».

—No puede ser —murmuró.

—¿Qué ocurre? —se impacientó Pitzer, que sin duda esperaba poder leer la nota.

—Nada… Nada, tío Charlie. —Brigitte se guardó la nota, evitando mirar a Número Uno—. No ocurre nada.

—Pues parece usted muy impresionada. Yo diría que incluso asustada. ¿No es cierto, Número Uno?

—No creo —dijo Uno, un tanto mordaz, mirando fijamente a la divina espía—. Brigitte no se asusta nunca. ¿Verdad, mi amor?

—Uno —susurró ella—, no…, no quiero que leas esto… No quiero.

—No ha sido muy difícil de interpretar.

—Por favor —ella le tomó las manos—, no te molestes.

—No me molesto. Si no me dejas leer esa carta es porque no debo leerla…, supongo. Bien, aclaremos una cosa: ¿me quedo en Nueva York o regreso a mi paraíso solitario?

Pitzer lanzó una exclamación de alegría.

—¡Su ayuda sería bien…!

—A usted no le he preguntado nada —cortó el espía—. ¿Qué dices, Brigitte? ¿Iremos esta noche al teatro tienes otra clase de asuntos que atender?

—¡Tatachíííinnn! —apareció gritando Minello, llevando una gran sopera en las manos, y dando pasos de baile—. ¡Señoras, señores, el gran ponche receta de mi abuelita está en marcha…! Hey, ¿qué pasa aquí? ¡Vaya caras más largas, zambomba!

—Estábamos aburriéndonos, esperando tu ponche —sonrió Brigitte—. ¿Dices que es una receta de tu abuelita?

—Que en paz descanse, pobrecilla. ¡Era más buena…! Brigitte, ¿estoy obligado a invitar al buitre carroñero?

—Escuche, Minello —farfulló Pitzer—, ya me esta usted cansando con sus groserías. De modo…

—¡Tatachíííinnn-chin-chíííinnn! ¡Fenómeno nunca visto, damas y caballeros: un buitre que habla!

Charles Alan Pitzer enrojeció, y comenzó a ponerse en pie.

—Minello…

—¡Huy, qué miedo! ¡Brigitte, este niño viejo quiere pegarme!

Brigitte comenzó a sonreír… y en aquel momento volvió a sonar el teléfono. Número Uno no se movió y ella comprendió. Atendió

directamente la llamada.

—¿Sí?

—¿Ha leído ya nuestro… mensaje? —preguntó la misma voz de hombre.

—Así es.

—Y…, ¿qué le ha parecido?

—Altamente interesante. ¿Cómo consiguieron esos datos? Y los otros… Quiero decir que el señor Pitzer está aquí, conmigo.

—Oh… Sí, claro, es natural. ¿Pregunta usted que como conseguimos esos datos? Bien… Oportunamente usted será informada a su satisfacción sobre el respecto. De momento, sólo queríamos que usted supiera lo que nosotros podemos llegar a saber. ¿Me comprende?

—Me parece que sí.

—Estupendo. ¿Dice que el jefe del Sector Nueva York de la CIA está con usted? Magnífico, porque me ahorraré una llamada: dígale que, debido a ciertas dificultades económicas, precisamos… vamos a decir que su financiación.

—Creo que ahora no entiendo.

Queremos un millón de dólares…, de momento. Hay que atender pequeños gastos, que han quedado pendientes. Usted sabe lo que ocurre cuando se emprende una acción importante: todo el dinero se acaba mucho antes de lo previsto.

—Ya. Dígame: ¿qué es esto de SPITBRA?

—Es la sigla con que abreviamos una definición nuestra, de nuestra organización, cuyo nombre es «Spy in the Brain». (SPITBRA).

—Espía en el Cerebro… Sí, supongo que el nombre está muy adecuado. ¿A qué se dedican ustedes?

—Oh, pues… Bueno, no estoy autorizado para decirle eso, señorita Montfort, lo siento. Sin embargo, obviamente, usted habrá comprendido que nuestra actividad… básica inicial va a ser el espionaje, a una escala que supongo debe tenerla un poco asustada. ¿O no?

—Un poco.

—¿Un poco? ¡Admirable! De todos modos, ya sabemos que usted, la agente Baby, es muy… especial. Bien, creo que se me va a terminar el tiempo en este teléfono público, y no quisiera echar más

monedas, sin saber si usted acepta nuestra petición. Necesitamos ese millón de dólares con cierta urgencia. ¿Están dispuestos a pagar? Le ruego que lo consulte con su jefe.

—No es necesario. Pagaremos. ¿Cuándo y cómo?

—A las diez de la noche saldrá usted de su casa, a pie, y se dedicará a dar un paseo por la Quinta Avenida. Sola, señorita Montfort, ¿comprende? Llevará un maletín con el millón de dólares. Eso es todo… Y por favor, no piense que le estamos tendiendo una trampa para matarla… *Todavía no*.

—Muy agradecida. ¿Algo más?

—Por el momento, no. Y, por favor —rió quedamente el comunicante—, ¡tenga mucho cuidado con lo que piensa! Ah, otra cosa: ¿quién es ese Número Uno?

—Me defrauda usted, señor —rió también Brigitte—. ¡Con lo fácil que debe resultarle saber eso!

Y esta vez cortó ella la comunicación.

—¿Qué está pasando? —preguntó Minello, que ya no reía.

—Tío Charlie —miró Brigitte a su jefe—, vamos a necesitar un millón de dólares para las diez de la noche. Consígalos.

—De acuerdo.

—¿Son para mí? —exclamó Minello.

—Oh, Frankie, por favor… En cuanto a tu ponche, ¿qué tal si lo probamos? El señor Pitzer también.

—Ya me has fastidiado la fiesta. Pero, en fin…

Comenzó a servir, mientras Brigitte quedaba pensativa. De pronto, volvió a mirar a Pitzer.

—Tío Charlie, le voy a decir cómo se hizo usted ese hematoma en la cara —señaló—. Estaba usted tan tranquilo esta mañana abriendo la floristería, cuando, pronto, un dolor de cabeza insoportable, algo así como si una lanza le atravesase el cerebro, lo fulminó, le hizo caer desmayado al suelo… Y como no había nadie allí que pudiera sostenerlo, se dio de cara contra el suelo. ¿*Okay*?

—Si… Sí, eso pasó exactamente. ¿Cómo lo sabe?

—Anoche me ocurrió a mí lo mismo. Por eso he ido al médico, quien asegura que no tengo nada. Eso debe ser cierto… Sin embargo, de un modo u otro, ese… dolor de cabeza está relacionado con un hecho indiscutible: nos están leyendo el pensamiento a usted y a mí.

—Será alguna pitonisa —sugirió Minello, tendiendo la primera copa a Brigitte.

—No es ninguna broma, Frankie: tengo la certeza absoluta de que eso está ocurriendo.

—Pues yo digo que es imposible, demonios. ¿A quién has de pagarle un millón de dólares y por qué?

—No sé a quién, pero sé que necesitan ser… financiados en cierta fase final de sus grandes proyectos de espionaje. Supongo que todos ustedes comprenden qué clase de espionaje puede realizarse introduciendo… un espía en el cerebro.

—Parece un tanto fantástico, ¿no? —se dignó intervenir Número Uno.

—Mi amor, ya lo he dicho, tengo la certeza de que están leyendo mis pensamientos.

—Si tú lo dices, así será. ¿Me voy o me quedo?

—Me agradaría que me ayudases en esto…, por favor.

—Aceptado el gran privilegio.

—Oh, vamos —ella le besó en los labios—. ¿Por qué has de ser siempre tan quisquilloso en estas cuestiones? Hay una organización llamada SPITBRA, que quiere un millón de dólares, por el momento, que dicen que van dedicarse al espionaje a una escala que todos podemos comprender, puesto que leen los pensamientos, y que aseguran que no quieren matarme… todavía. Te pido ayuda. ¿Y te molesta que lo haga?

Número Uno tomó la copa que le tendía Minello, y miró sin expresión alguna a través del dorado líquido.

—Los haré pedazos —dijo.

Pitzer se puso en pie, brillantes los ojos. Contar no sólo con la agente Baby, sino con el sin par Número Uno era algo que habría puesto miel en los labios a cualquier jefe de espías.

—Me voy —dijo—. Estaré de vuelta, con el dinero, a las nueve, espero. Hasta…

—Oiga, ¿no va a probar el ponche de mi abuelita? —se mosqueó Minello.

Le tendió una copa, y Pitzer, tras vacilar, la tomó, Por fin, Minello se sirvió una a sí mismo. Se miraron todos, y, con cierta cautela, bebieron el primer sorbo. Pitzer comenzó a toser en seguida, Brigitte puso cara de espanto, y Número Uno parpadeó.

—Vaya —dijo el espía—. Me habría gustado conocer a su abuelita, Frankie.

Minello, que estaba rojo como un tomate, y con expresión aterrada, pudo sonreír. Y dijo:

—Pues está bueno, ¿verdad? ¡Viva mi abuela!

—Lo… lo sorprendente —jadeó Brigitte— es que muriese… ¡Debería estar viva, a base de ponche! ¡Santo cielo, esto es nitroglicerina con champaña!

—¡Zambomba! —exclamó Minello—. ¿Cómo has conseguido saber la receta? ¿Tú también lees el pensamiento?

—No olvides que una vez fui pitonisa[2] —sonrió Brigitte—. Pero no sé qué pueden querer de mí esa gente, ni cómo han sabido que yo era Baby, ni por qué quieren matarme… supongo que cuando les parezca oportuno.

Número Uno, para admiración de Minello, terminó el ponche de otro trago y repitió:

—Los haré pedazos.

—Seguro —rió Minello—. ¡Sólo tiene usted que arrimarse un poco, y tirarse al suelo con fuerza! Hará ¡pum! Y todos muertos por la explosión del ponche.

—Esa —sonrió Brigitte— es un arma secreta mía, Frankie. Aunque, al parecer, ya no tan secreta[3]. Bueno, tío Charlie, vaya por el dinero. Mientras tanto, voy a procurar no pensar en nada, y que Uno se encargue de todo. ¿No es formidable? Por mi parte, todo lo que tengo que hacer es salir a dar un paseo a las diez de la noche. ¿Y sabe una cosa? ¡Hace tiempo que no me dedico a pasear tranquilamente, contemplando los escaparates de la Quinta Avenida!

Capítulo IV

Eran unos modelitos preciosos, y lucían espléndidamente en el bien iluminado escaparate. Con experto ojo crítico, Brigitte Montfort eligió uno.

«Mañana me lo compraré. A él le gustará», pensó.

Y siguió caminando por la Quinta Avenida, entre la riada de gente. Eran las diez y diez minutos de una noche calurosa, llena de luces de colores, de rutilantes automóviles, de risas de grupos de muchachos… Una noche perfecta para pasear, aunque fuese llevando en la pequeña maleta nada menos que un millón de dólares «Sería gracioso que se abriese la maleta y los billetes se desparramasen por la acera —reflexionó humorísticamente Brigitte —. ¡La que se iba a armar en la Quinta Avenida!».

Los coches circulaban lentamente, por las ventanillas se veían rostros sudorosos, con expresión de malhumor. A cada cambio de luz en los semáforos, se producían embotellamientos. Por todas partes, el cambio de luces parecía de locura…

Otro escaparate. ¡Qué preciosidad de trajes de baño…! Especialmente aquel azul que…

—¿Señorita Montfort?

La espía se volvió para mirar, sonriente, al hombre que ya había visto acercarse a ella, por medio del cristal del escaparate. Un sujeto vulgar en todo, de unos treinta y tantos años. Era la clase de hombre a la que nadie mira dos veces, no parecía tener nada de excepcional. Y sin embargo, ¿sería él quien podía leer los pensamientos?

—Sí, soy yo.

—¿Brigitte Montfort, la espía?

—Ssst —se llevó Brigitte un dedito a los labios—. ¡Por favor, no me delate!

—Perdone —se turbó el hombre, sorprendiéndola—. Bueno, la

estoy siguiendo hace rato, y parece que usted está siendo muy razonable. ¿Lleva el dinero en esa maleta?

—Así es. ¿Quiere verlo?

—No, no —respingó el hombre—. Simplemente, deme la maleta, y me iré. Usted puede regresar a su apartamento, si lo desea. Ya tendrá noticias nuestras.

—Confortadora perspectiva. ¿Quién es usted?

—Me llamo Jamie. Y eso es todo. ¿Me entrega la maleta, por favor?

—Desde luego. Y me quita usted un peso de encima… Santo cielo, ¡he pasado un miedo de que pudiesen robarme en plena Quinta Avenida!

El hombre llamado Jamie tomó la maleta, mirando aquellos deslumbrantes, bellísimos, increíbles ojos, que le contemplaban con evidente buen humor, muy acorde con el tono socarrón de la espía.

—No me gusta que se pitorrea de mí —masculló hombre—. Ya nos volveremos a ver usted y yo.

—Respecto a eso, no tenga la menor duda, Jamie. Cuidado con el dinero: no lo malgasten.

Jamie frunció el ceño, dio la vuelta, y comenzó a alejarse Quinta Avenida arriba, en dirección a Harlem. También Brigitte dio la vuelta, y emprendió el regreso hacia el Crystal Building, sin prisas, siempre paseando.

«No debo preocuparme por él —pensó—, nadie puede vencerle».

Pero no lo podía evitar: sentía más angustia por Número Uno que por ella misma, de modo que, al verse forzada a caminar lentamente, dando la sensación de tranquilidad, por si la estaban vigilando, el tiempo le hizo eterno hasta llegar al Crystal Building.

Y cuando entró en el salón de su apartamento, donde estaban Pitzer y Minello. Su ansiedad no podía ser más evidente.

—¿Ha llamado? —casi gritó.

Minello y Pitzer movieron la cabeza negativamente. Brigitte tomó la radio que Pitzer tenía en la mano, depositó sobre la mesita, encendió un cigarrillo, y se quedó contemplando el pequeño aparato de comunicación, con los ojos muy abiertos…

—No le pasará nada —murmuró Minello—. A ese tipo nadie puede hacerle nada, Brigitte.

—Por una vez —dijo Pitzer—, estoy de acuerdo con Minello. No

olvide que él es Número Uno.

—Lo sé —susurró Brigitte—. Lo sé.

Y siguió con la mirada angustiadamente fija en la pequeña radio de bolsillo.

Hasta que, diez minutos más tarde, sonó la llamada. Sólo un sonido, porque Brigitte abrió el canal inmediatamente.

—Sí… ¡Sí, sí, dime!

—¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa?

—No, no… ¿Has podido seguirlo?

—Decididamente, estás nerviosa —sonó amablemente la voz de Número Uno—, 114, East 138th Street. Llamaré dentro de un rato.

—Mi amor, no hagas…

—Volveré a llamar.

Número Uno cerró la radio, la guardó, y volvió a mirar hacia la ventana iluminada. Cobijado en un portal de enfrente, podía dominar muy bien toda la perspectiva del edificio en el cual había entrado el sujeto que en la Quinta Avenida había recogido el dinero de manos de Brigitte.

Habían llegado allí caminando, con lo que todo había sido facilidades para Uno, pues se había evitado tomar un taxi, que quizá habría sido demasiado notable, detrás del coche que hubiera podido recoger al otro. Pero no. Tranquilamente, uno detrás del otro, habían llegado hasta allí, el sujeto había entrado en aquella casa, y, poco después, había brillado la luz en aquella ventana del tercer piso. No sólo eso, sino que, al poco de cerrar la radio, el mejor espía del mundo vio un par de veces al hombre, cruzando por delante de la ventana.

Inmóvil como una estatua, Número Uno estuvo mirando hacia aquella ventana y hacia la puerta del edificio alternativamente. Pero nadie entraba en la casa detrás del sujeto, y, a los pocos minutos, la luz de la ventana se apagó.

«Va a salir», reflexionó el espía.

Tres minutos más tarde, el hombre no había salido.

Ni cuatro minutos más tarde. Ni cinco minutos más tarde… Las cejas de Número Uno se alzaron un instante, por fin, y miró su reloj: las once menos cinco.

«¿Eso es todo? —pensó—. ¿Has cobrado, has vuelto a tu cubil…, y te has puesto a dormir? Muy bien».

Cruzó la calle, y entró en el otro edificio. No había ascensor. Dirigió una mirada a los buzones de correspondencia: en el tercer piso había dos apartamentos.

En uno de ellos vivía una tal miss Hawkins. En el buzón no había ningún nombre. El espía miró escaleras arriba, y su cabeza se ladeó, sus ojos se entornaron. Luego, lentamente, silenciosamente, igual que un tigre a la caza, emprendió la subida. Tercer piso. Sin vacilar, Número Uno fue a la puerta B, que correspondía a tal miss Hawkins, y llamó, quedamente. No hubo respuesta. Volvió a llamar, aplicó un oído a la puerta, escuchó, conteniendo la respiración… No se oía nada allá dentro. Estupendo.

«Una chica que vive sola tiene derecho a divertirse», pensó.

Sacó su billetera, y del interior extrajo una delgada hoja de acero, que introdujo en la cerradura. Abrir le costó menos de diez segundos. Guardó la ganzúa en la billetera, empujó la puerta, y entró, tranquilo, siempre silencioso. Había un recuadro de luz frente a él a la izquierda. Fue hacia allá, llegó al dormitorio, vio la ventana, recortada por la luz del exterior. Se asomó, vio la escalera de incendios que daba al interior de la manzana, y asintió con la cabeza. Se asomó vio la ventana del otro apartamento y, como si todo estuviese ensayado, se deslizó hacia allí. Naturalmente estaba abierta, pues hacía calor.

Fue sencillísimo entrar en aquel otro dormitorio, tras mirar hacia la cama y ver que no había nadie en ella. Ya en el centro del dormitorio, Número Uno quedó inmóvil, con las manos en la cintura, mientras una despectiva sonrisa aparecía en su boca de cepo. ¿Con quién demonios creía aquel sujeto que estaba tratando?

Fue hacia la puerta del dormitorio, que estaba entreabierta, y escuchó. Nada. Silencio. Claro que él no tenía el oído tan fino como el de Brigitte… De todos modos, aquel silencio era para él tan significativo como si estuviese oyendo al sujeto, agazapado en un rincón de la sala-recibidor, esperándole, pistola en mano…

Número Uno se quitó un zapato, empuñó su pistola y con el cañón, alargado por el silenciador, abrió un poco más la puerta, y tiró al centro de la zona oscura el zapato. Inmediatamente, oyó una exclamación a su derecha, y, con la auténtica velocidad y agilidad de un tigre, el espía saltó hacia allí, en una increíble trayectoria de precisión no menos increíble.

Cayó sobre un hombre, alzó la pistola para golpearle…, y la luz del aposento se encendió. Esto fue tan sorprendente para Número Uno, que tuvo un instante de vacilación, brevísimo, mientras su mente asimilaba aquello el sujeto no estaba solo allí. Y en lugar de golpearle, perdiendo un tiempo que sería suficiente para que el otro pudiese meterle una bala en la espalda, Uno saltó hacia su izquierda, revolviéndose hacia la puerta. Allá, en efecto, había otro hombre, pistola en mano, apuntando hacia donde el espía había estado con el primer sujeto, una fracción de segundo antes.

Plop, sonó la pistola de Número Uno.

El hombre que había encendido la luz lanzó una especie de grito hacia dentro, aspirado, y su rostro se crispó en una mueca de dolor. Número Uno se volvía ya hacia el individuo contra el cual había saltado, y lo vio recogiendo la pistola del suelo, adonde debía haber caído debido al choque entre ambos. Dominando su sorpresa al ver que tampoco aquel hombre era el que había seguido, Uno volvió a disparar, apuntando hacia la mano del hombre, pues lo quería vivo… Pero, el sujeto aquel no tuvo ni una pizca de fortuna con su reacción: considerando que Número Uno quería matarlo, cosa, por otra parte, no poco lógica en quien se encuentra con que le han tendido una trampa, el hombre se dejó caer al suelo para esquivar el balazo… Y la bala que debía haberle destrozado la mano le entró por todo lo alto de la cabeza, matándolo en el acto.

Todo esto, a tal velocidad, que aquel hombre ya estaba muerto cuando el que había encendido la luz llegaba al suelo, de bruces, rígido como un poste.

Y Número Uno se encontró tendido de lado en el suelo, sin enemigos a los que atender.

Todavía estuvo unos segundos mirando al que había encendido la luz, previniendo una posible reacción. Pero no: el primer balazo ya había sido suficiente para él. Así que, nada había servido de nada: no podía hacer preguntas a dos muertos…

Ni *a tres* muertos.

La mirada de Uno, girando, divisó al tercero, tendido detrás del viejo sofá. Sólo vio la mitad de las piernas mientras reaccionaba a toda prisa…, y al mismo tiempo comprendía que no debía temer nada de aquel tercer hombre. Tan sólo viendo sus pies, lo supo: las puntas de éstos apuntaban hacia el techo, es decir, que el tercer

hombre estaba boca arriba tendido detrás del sofá… Postura muy poco adecuada para atacar a nadie.

Uno se puso en pie, fue hacia allí, y se quedó mirando el rostro del sujeto. Aquél, sí. Aquél era el que había recogido la maleta de manos de Brigitte. Estaba con los ojos muy abiertos por la sorpresa y el terror: así había quedado al recibir dos o tres balazos en el pecho, que habían terminado con su vida. Junto a él estaba la maleta con el millón de dólares. ¿O el dinero no estaba ya allí?

Abrió la maleta, vio el dinero, y la volvió a cerrar. Su ceño estaba fruncido.

«No tiene sentido —reflexionó—, ¿por qué tenían que matarlo? Pero sí… Sí tiene sentido, sí…».

Con gran cuidado de no mancharse de sangre, quitó al cadáver la mugrienta billetera, y vio su permiso de conducir: Jamie Coogan. Maldita la importancia que tenía un nombre, desde luego. Dejó la documentación sobre el muerto, y fue al centro de la sala-recibidor, recogió su zapato, y se sentó en el suelo, junto al cadáver del hombre que había encendido la luz… Acababa de ponerse el zapato cuando un sonido que jamás confundiría con cualquier otro, llegó a sus oídos: bip-bip-bip…

Y no sonaba en su radio, no era una llamada de Brigitte. Miró al muerto, como sobresaltado. Le dio rápidamente la vuelta, y de un bolsillo interior sacó la pequeña radio, que seguía sonando: bip-bip-bip…

Abrió la comunicación.

—¿Sí? —susurró.

—He visto la luz encendida… ¿Lo habéis matado? —sonó una voz de mujer.

—Claro —masculló Número Uno.

—Paso a recogeros. No os dejéis el dinero.

—Bien —aceptó Uno, con la voz ahogada, confusa.

Cerró la radio, acabó de anudarse el cordón del zapato, y se puso en pie. Ni siquiera dedicó cinco segundos a reflexionar: recogió el dinero, fue al dormitorio, salió a la escalera contra incendios, y fue descendiendo por ella, hasta el patio. De aquel patio, saltó a otro, y ascendió por aquella nueva escalera de incendios… De ésta, saltó a la del edificio vecino, muy próximo. Y por ésta, llegó con toda facilidad al callejón. Todavía más fácil fue

caminar hacia la East 138th Street. Nunca teatral, Número Uno echó un vistazo a esta calle, hacia el número 114. *Okay*: un coche estaba ahora detenido ante aquel portal, con las luces encendidas.

Con toda la naturalidad adquirida en veinte años de espionaje, Número Uno echó a andar por la acera, en aquella dirección. Al llegar detrás del coche, bajó de la acera, como dispuesto a cruzar a la de enfrente…, mientras echaba un vistazo a la persona que estaba ante el volante. Era una mujer, en efecto.

Una mujer que respingó cuando el espía llegó en dos zancadas junto a la ventanilla y dijo:

—No mueva las manos del volante.

La cabellera rubia se agitó al dejar de mirar la muer hacia el portal por el cual debían salir sus dos amigos, y girar hacia la ventanilla de su lado. Lo primero que vio, y casi tocó con la nariz, fue la imponente pistola de Número Uno. Luego vio el rostro del espía, oscuro, hermético hasta el colmo de la inexpresividad.

—¿Qué… qué quiere usted…? —jadeó la rubia.

—Ya se lo he dicho: no mueva las manos del volante.

Y para pasmo de la mujer, echó a andar, rodeando el coche por delante, mirándola fijamente… Una idea tenía que pasar de modo inevitable por la mente de la rubia: apretar el acelerador de pronto, y escapar atropellando aquel hombre. Incluso podía haber pensado que tenía tiempo de recurrir a su pistola, y disparar contra él a través del parabrisas…

Pero nada de esto cruzó por la mente femenina porque en todo momento, aunque al parecer sin darle importancia, los ojos de aquel hombre estuvieron fijos en ella. Y ella supo que, si movía las manos del volante, sería él quien dispararía a través del parabrisas.

De modo que cuando Número Uno se sentó a su lado la rubia no había sido capaz de la menor reacción. Tampoco se movió cuando Uno palpó primero sus muslos, y luego sus senos. Con indiferencia, él introdujo dos dedos en el escote, y sacó la pequeña pistola, que tiró al asiento de atrás.

—Vámonos —dijo.

—¿A… adónde?

—Adonde quiera que esté el… director de SPITBRA.

—Oiga, no sé de qué me está hablando. Yo…

—Usted hará lo que yo le diga, o le volaré la cabeza de un

balazo. No me gusta bromear, ni perder el tiempo. ¿Qué decide?

La mujer se estremeció, y puso en marcha el coche, despegándolo lentamente del bordillo, dirigiendo una mirada de reojo hacia el portal ante el cual había esperado.

—Ninguno de los tres podrá reunirse con usted ya —aclaró Número Uno—, están muertos. Olvide toda esperanza de ayuda, y concéntrese en una sola idea: sobrevivir.

—¿Usted… es Número Uno, ese hombre que…?

—Sí. Y para que usted comprenda bien las cosas, le diré que fui yo quien contestó hace unos minutos a su llamada de radio… ¿Está claro?

—Sí… sí.

—De acuerdo, entonces. ¿Me estaban esperando?

—Sí.

—¿Cómo sabían que yo vendría?

—Nos lo dijo el jefe.

—¿Quién es el jefe?

No sé cómo se llama… ¡De verdad que no lo sé!

—¿Cómo es?

—Es… es viejo, pequeño, delgado… Tiene los ojos azules, y sus cabellos son completamente blancos, muy largos y rizados… Parece… un músico, un poeta, o… o algo así.

—¿Quién le ha dicho a ese hombre que la señorita Montfort es la agente Baby?

—Él lo sabía… Creo que lo sabía. No sé más sobre eso.

El ceño de Número Uno se frunció. En su memoria, una imagen estaba tomando forma… Era como estar revelando una fotografía: un hombre viejo, pequeño, delgado, de ojos azules, largos cabellos blancos, rizados, que parecía un poeta o un músico… La fotografía no acababa de revelarse, pero estaba seguro de que él tenía en su mente, archivada, una imagen como aquélla. Una imagen que había sido creada por las explicaciones de Brigitte tiempo atrás. Pero, si ésta era la imagen, no podía ser…

Sacó la radio y llamó.

—¡Dime! —oyó en el acto la voz de Brigitte, tensa.

Una suave sonrisa apareció en la hermética boca de Uno.

—El jefe de esto, según parece, es un sujeto viejo, pequeño, delgado, ojos azules, cabellos blancos y largos, como los de un

músico o un poeta de corte clásico. ¿Lo conoces?

—No… Bueno, conocí a un hombre así, pero murió. Ya te hablé de él, ¿recuerdas? No conozco a nadie más así. Uno, ¿dónde estás?, ¿qué ha pasado?

—A mi juicio, sabían que estaba siguiendo al que recogió el dinero en la Quinta Avenida. Para cortarte así toda pista sobre él, lo mataron, y me esperaron a mí en su apartamento. Eran dos… Y sabían positivamente que Número Uno iba tras el llamado Jamie Coogan, el del dinero.

—Uno…, ¿estás bien?

—Sí.

—Vuelve… Vuelve, mi amor. Todo es inútil, ellos saben lo que yo pienso, de verdad. Sólo leyendo mis pensamientos han podido saber que tú intervenías. Me he esforzado en no pensar en nada de esto, pero no es posible. He pensado, y ellos lo han leído. Vuelve. Ya arreglaremos…

—Hay un remedio para esto: no decirte lo que pienso hacer ahora. Y así no podrás pensar en ello. Te llamaré después.

—¡No, no, no…! ¡Por favor, mi amor, vuelve, vuelve!

—Hasta luego.

Número Uno cerró la radio, y miró a la rubia, que parecía muy interesada. Luego, miró de nuevo hacia delante… Salvo que estuviese muy equivocado, el puente que veía ya muy cerca de ellos era el de George Washington. Lo cruzaron, efectuaron la maniobra de enlace, y enfilaron Palisade Avenue arriba, de modo que el Hudson River quedó a la derecha de ellos, brillante debido a las luces de la ciudad y de los barcos que navegaban aguas arriba y aguas abajo…

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó, de pronto, la rubia.

Uno la miró de nuevo, atentamente. La rubia encajaba en el tipo de mujer que jamás le había gustado: alta, maciza, fuerte, bello el rostro y el cuerpo, pero con unas facciones como de mármol, que al espía le sugerían siempre una frialdad total, una mente mediocre, una crueldad siempre dispuesta a quedar demostrada… Más que crueldad, era indiferencia hacia lo que pudiese ocurrirle al resto de los seres del mundo.

—Eso dependerá de usted —replicó.

—¿Va a matarme?

—No siento interés especial en ello. ¿Adónde vamos exactamente?

—Hacia el Norte. Es una casa que está muy cerca río. No tardaremos ni diez minutos. Escuche, podemos entendernos bien si usted y yo…

—Cállese. Lo único que tiene que hacer usted es llevarme a esa casa. No soy amigo de charlar en vano, así que cállese. Y avíseme cuando estemos cerca de la casa…, pero no ante ella. Espero que me entienda… ¿Cómo se llama?

—Margit Lejoka. Yo sólo quería…

—Terminó la charla.

Capítulo V

—¿Puedo hablar? —preguntó hoscamente la rubia.

—¿Estamos llegando? —adivinó Número Uno.

—Sí. Es la casa que tenemos allá delante —señaló— se ven las luces desde aquí.

—¿Cuántos hombres hay en total en la casa?

—No lo sé… ¿Por qué me mira así?

En la oscuridad del campo, dentro del coche, parecía que los ojos de Número Uno fuesen de sorprendente extrañísima luz negra, como las pupilas de una fiera.

—Margit —dijo apaciblemente—, tengo una edad muy adecuada para haber aprendido muchas cosas en esta puerca vida. Una de esas cosas es a no confiar en nadie, y, especialmente, en personas que tienen su belleza de mármol, su expresión de rostro y ojos. Además, todo es tan lógico que no admite vacilaciones: has avisado de mi llegada, y eso es normal. No te guardo rencor por ello…

—¿He avisado su llegada? ¿Cómo podría…?

—Has «pensado» que yo llegaba a la casa, y tu jefe ha «leído» el mensaje, de modo que me están esperando. Ni me preocupa eso, ni me siento irritado de modo especial contigo. Pero quiero saber cuántos hombres voy a tener frente a mí. Es una trampa: me esperan, me matarán, y eso será… sería todo. Pero yo tengo otros gustos. Dime cuántos hombres me están esperando cuántos hay en la casa, al menos.

—Diez… diez o doce —tartamudeó Margit, lívida.

—Demasiados; incluso para Número Uno —reflexionó éste, en voz alta—. Y, además, ni siquiera puedo contar con el factor sorpresa, ya que la trampa está esperando… Mala suerte para ti: te habría dado un golpe y te habría dejado libre. Ahora vendrás conmigo a ver a los de la CIA, ellos se encargarán de ti, y reunirán los suficientes hombres para atac…

Más que el movimiento de Margit, que se había vuelto un poco hacia él, Número Uno captó aquella levísima mueca en los labios de la rubia, aquel cambio en sus facciones de mármol, y se desplazó velozmente hacia el extremo del asiento, bajando entonces la mirada hacia la mano derecha de Margit… Pudo ver el brillo del acero una millonésima de segundo antes de sentir el pinchazo bajo las costillas flotantes del costado izquierdo. Su boca se crispó en un gesto de dolor, pero simultáneamente, con la mano izquierda sujetó la derecha de Margit cuando éste la retiraba con el pequeño cuchillo de hoja anchísima, cuya posesión era sorprendente.

—Quieta —la voz de Número Uno parecía capaz de ser incluso más cortante que el cuchillo—. Estás estropeando…

La mano izquierda de Margit ascendió hacia la visera del interior del coche que había sobre el volante, en el techo. Reapareció en seguida, con otro cuchillo idéntico, de hoja corta, ancha, sólida. El golpe iba dirigido esta vez a la garganta de Número Uno, que se echó más hacia atrás, hacia la portezuela de su lado, esquivándolo. Margit lanzó un rugido de furia, y volvió a asestar otra cuchillada.

Número Uno ya no tuvo más contemplaciones.

Plop, chascó su pistola.

En aquella pequeña pantalla de televisión se habían estado viendo unas líneas en forma de gráfico, que circulaban velocísimamente de izquierda a derecha. De pronto, dejaron de verse. La pantalla quedó de color gris, como recibiendo una imagen del vacío.

El hombre que estaba ante ella se volvió vivamente y exclamó:

—¡Margit ha muerto!

Detrás de él, contemplando aquella pantalla, y dos nás que seguían mostrando el velocísimo paso de la gráfica, parecida a las que se ven en los quirófanos durante las intervenciones quirúrgicas de importancia, estaba el hombrecillo: menudo, delgado, de ojos azules como los de un niño extraño, y largos cabellos blancos, rizados, que formaban una aureola en torno a su gran cabeza.

Y este hombre se volvió hacia otro que, desde la puerta de aquella habitación, contemplaba también las pantallas.

—Ha matado a Margit —dijo—, ¡id a matarlo ya!

El hombre de la puerta salió del cuarto a todo correr, mientras el anciano de blancos cabellos señalaba el aparato que indicaba el

deceso de Margit.

—Dame la última ficha —pidió.

En el tablero que había al pie del pequeño televisor había una especie de caja metálica, que el hombre abrió, sacó lo que para cualquiera era una simple *cassette*. La entregó al anciano, que fue hacia donde estaba la gran computadora, apagada. La puso en marcha, e introdujo la *cassette* en una ranura. Apretó un botón rojo, y la computadora comenzó a trabajar…, apenas cinco segundos, durante los cuales una tira de papel impreso fue apareciendo por la rendija de salida de resultado El hombrecillo de blancos cabellos leyó el resultado, lanzó una imprecación.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó el de la pantalla.

—Ese Número Uno ha comprendido que Margit me había enviado información mental, y quería entregarla a la CIA y pedir la ayuda de ésta para atacar la casa. Margit tenía dos cuchillos, uno pegado al costado del asiento y otro en la visera del coche. Le ha atacado. Está furiosa. Tiene miedo… Es todo.

—Estamos en una situación muy peligrosa —palideció el otro.

—Esperaremos, Conan: si nuestros hombres cazan a Número Uno, no tendremos nada que temer… Dame la ficha de Brigitte Montfort, y pon otra inmediatamente; no podemos desconectar su mente por ningún concepto en estas circunstancias.

Oleg Conan retiró del estuche de otra pantalla con gráfico la *cassette* correspondiente, y el hombrecillo se apresuró a introducirla en la computadora. Apretó el botón rojo, y la tira de papel apareció inmediatamente. La retiró cortándola de seco tirón, y leyó la asombrosa información cibernética:

—Todo sigue igual. Ella tiene miedo por ese hombre y es lo único que le preocupa en estos momentos.

—Pues no veo por qué siente miedo por él —farfulló Conan—. Está resultando un sujeto muy peligroso. Ya mató a Grant y a Dasking —señaló dos de las pantallas apagadas—, y ahora ha matado a Margit, que era precisamente nuestra más eficaz asesina…

—Sí… Pero, según los pensamientos de mi antigua amiga Brigitte, ese Número Uno es algo fuera de serie absolutamente: nada menos que el mejor espía del mundo. Y, sin embargo, ella está angustiada por él… Bueno, eso es cosa del amor. Y por todos los demonios, ¡cómo le ama! Es increíble.

—Pues se va a llevar un buen disgusto: Renzo y los demás ya deben haberlo matado.

—Eso espero.

Sus esperanzas no se vieron confirmadas.

Renzo regresó ocho o diez minutos más tarde, y sólo con ver la expresión de su rostro, el hombrecillo comprendió.

—¿Se ha escapado? —susurró.

—Puede que haya muerto, pero no lo hemos encontrado.

—¿Qué quieres decir?

—Hemos encontrado a Margit en el coche con un balazo en el corazón. Pero, junto a ella, en el otro asiento y en el piso del coche, hay manchas de sangre, y hemos encontrado uno de los cuchillos de Margit ensangrentado. Debió herir a ese sujeto, pero él la mató, salió del coche, y corrió hacia el río. Hemos visto en esa dirección más manchas de sangre, que se han ido sucediendo hasta la orilla del río. Allí termina todo. Cabe la posibilidad de que estuviese malherido, haya caído al agua, y en estos momentos está viajando hacia el mar, ahogado.

—Y cabe la posibilidad —dijo el hombrecillo— de que esté nadando, alejándose de aquí, suba a tierra en cualquier momento, llame a Brigitte Montfort, ésta a la CIA…, y en menos de media hora tengamos aquí a treinta agentes dispuestos a hacernos pedazos. ¿Cómo es posible que un hombre solo se os haya escapado?

—El coche estaba bastante lejos de la casa —farfulló Renzo—. Ese hombre es listo, de veras. Y creo que el error con respecto a él fue desde el principio: en cuanto tuvimos las coordinadas de la señorita Montfort, y nos enteramos de la existencia de ese hombre, de lo que es, de lo que ella siente por él…, debimos matarlo. Pero no. Durante casi todo el día no les hemos hecho caso y ahora…

—Había trabajo que hacer aquí —frunció el ceño el anciano—. Y, además, quería divertirme dejando a Brigitte Montfort pasando la mayor angustia de su vida en esa visita al médico.

—Pues ahora la situación no es muy agradable… Y ni siquiera sabemos cómo es físicamente ese Número Uno. A menos que sea el sujeto que estaba hablando con ella en la entrada al *Morning News* anoche, cuando tomamos las coordinadas… ¿Qué hacemos?

—Podemos esperar un poco —sugirió Conan—. Ese sujeto se

comunica con Brigitte Montfort por medio de una radio de bolsillo. Si la llama a ella, lo sabremos. Si no la llama, es que ha muerto.

—Bien pensado —exclamó Renzo.

—No —negó el anciano—. Nada de riesgos. Si ese hombre ha muerto, mejor, pero no seré yo quien espere aquí, ni un segundo más, la posible llegada de la CIA de todo este Sector. Renzo, ve a llamar por la radio al yate, y preparaos todos para desmontar y transportar allá el SPITBRA.

—Eso significa —recordó Conan— que durante no menos de tres o cuatro horas vamos a perder todo contacto con los pensamientos de la Montfort y del tal Pitzer.

—¿Y qué importa eso? —sonrió el anciano—. Cuando volvamos a conectarlos, sabremos, en unos segundos, todo lo que haya sucedido en esas tres o cuatro horas. ¡Rápido, Renzo! ¡Tenemos que marchamos de este lugar cuanto antes! Ve a llamar por la radio.

La radio estaba allí, sobre la mesita, pero no sonaba. No emitía su bip-bip-bip de llamada, estaba como muerta.

Igual que la señorita Montfort. El primer rayo de sol que entró, horizontal, desde la terraza al salón, iluminó su rostro, dándole una bella tonalidad naranja. Pero ni así mejoró gran cosa su aspecto, ni se atenuó su palidez, de una intensidad sobrecogedora. Estaba sentada en el mismo sitio, erguida, fija la mirada en la pequeña radio, como si nada más existiese en el mundo. En las primeras horas de aquella larga y vana espera, Pitzer y Minello habían hecho diversas sugerencias respecto al silencio de Número Uno, pero ya habían agotado su imaginación. Quizá porque, en el fondo, ellos tenían el mismo convencimiento que Brigitte: Número Uno había muerto.

Ninguno de los tres había dormido ni un segundo siquiera. Y parecía que Peggy tampoco había dormido gran cosa, pues en varias ocasiones les había llevado café, y algunos bocadillos a Minello.

Y fue Peggy quien, apareciendo una vez más en el salón, rompió aquel silencio que parecía hecho de cristal:

—Señorita, ¿traigo más café, o alguna otra cosa?

Brigitte no reaccionó, no se movió. Ni siquiera pestañeó. Frank Minello la miraba, angustiado. Se mordió los labios, y fue hacia ella. Le puso una mano en un hombro.

—Brigitte —musitó—. Son más de las cinco de la madrugada, es

de día. Tienes que comer algo. Deja de preocuparte: él llamará, ya verás.

—Es Número Uno, recuerde —dijo Pitzer, con escasísimo convencimiento.

Brigitte alzó la mirada para mirar primero a Pitzer, y luego a Minello, que sonrió cariñosamente.

—A ese tío no lo liquida nadie, seguro —dijo.

Brigitte continuó inmóvil, pero en sus ojos aparecieron dos lágrimas enormes, que se deslizaron por las mejillas brillando al sol, como perlas rojas. Minello palideció, tragó saliva, y retiró la mano del hombro de ella, lentamente. Pitzer bajó la cabeza. Peggy rompió a llorar, de pronto, y se apresuró a abandonar el salón.

—Debe… debe estar haciendo… algo importante —sugirió Frankie, con voz ronca.

Baby Montfort se puso en pie, y abandonó el salón, sin haber dicho una palabra. Minello vaciló, pero se fue tras ella. Llegó al dormitorio cuando Brigitte estaba en sujetadores y pantaloncitos ante el grandioso armario, abierto de par en par.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó.

Brigitte pareció no haber oído. Sacó un fino jersey de hilo, azul, y unos encantadores pantalones modelo US Navy, y se vistió con ello. Luego, sacó su maletín rojo con florecillas azules estampadas, lo abrió, y estuvo unos segundos examinando su contenido, como reflexionando. De un departamento disimulado en el armario sacó un cargador de repuesto para su pistolita de cachas de madreperla, y cuatro pequeños frascos de bonito cristal tallado, con etiquetas que aseguraban que en el interior de, los frascos había perfumes, tres de ellos procedentes de París…

—¿Qué piensas hacer? —se inquietó Minello—. ¿Adónde pretendes ir con todo eso?

—Al 114 de la East 138th Street —habló, por fin, Brigitte, con voz neutra, inexpresiva.

—Pero ¡allá fue donde le tendieron la trampa a Número Uno! Puede que haya más gente que esté esperando…

—La única pista que tengo es esa dirección —replicó la espía más peligrosa del mundo—. Y si hay gente allá, peor para todos ellos.

—Bien… Bueno, podemos ir en mi coche, y así no…

—Voy a ir sola. Y la conversación ha terminado, Frankie.

Salió del dormitorio, regresando al salón. Pitzer se puso en pie al verla con el maletín, lanzando una exclamación.

—¿Qué piensa hacer? —gritó.

—¿Están retirados de la circulación los Simones?

—No. El Sector precisa que…

—El Sector ya no es nuestro —cortó Brigitte—. Llame a Simón para que avise a todos los agentes y les dé la orden de retirada. Pero no a cualquiera de los escondrijos con radio y armas que tenemos diseminados por ahí, porque usted sabe dónde están. La orden debe especificar bien claramente que se vayan cuanto más lejos mejor, a lugares qué sólo ellos sepan, y que llamen a la Central dentro de dos días. Eso es todo. Adiós.

Salió del salón, hacia el pasillo. Pitzer parecía dispuesto a ir tras ella, pero vio aparecer a Minello, lívido, moviendo negativamente la cabeza.

—No conseguirá nada —casi gimió Minello—, quiere ir sola, y le tiene sin cuidado morir o no morir.

Capítulo VI

Muertos.

Los tres estaban muertos, y eso era todo. Porque, después de más de una hora dedicada a registrar el apartamento con la meticulosidad y sapiencia de tantos años de espionaje, no había encontrado nada…, excepto los tres cadáveres, lívidos, fríos, tiesos. Era tétrico estar allí, con ellos, en silencio completo… Era como hallarse metida en una tumba con muertos desdeñados, maltratados, considerados como basura que nadie se encargaba de recoger.

En el apartamento no había ropas, ni dinero, ni revistas, ni micrófonos, ni armas escondidas, ni direcciones de otras personas. Sólo tres muertos. Y Brigitte Montfort comprendió perfectamente lo que había sucedido, a pesar de que lo había intentado, no había conseguido dejar de pensar en el plan que ella y Número Uno habían forjado respecto a seguir él a la persona que recogiese el dinero en la Quinta Avenida; como consecuencia, al ser leídos sus pensamientos, este sencillo plan inicial había llegado a conocimiento de otras personas, y habían tomado sus medidas. Esto es: habían utilizado a un desdichado para que recogiese el dinero y lo llevase a un apartamento que no se utilizaba actualmente; allá, lo habían matado, de tal modo que ella no habría podido jamás obtener de él la más pequeña pista, más adelante. En cuanto a Número Uno, como sabían que él seguía a Jamie, le habían esperado para matarlo… Pero Uno los había matado a ellos. Luego…

¿Qué más había pasado luego?

—Debiste decirme adónde ibas, mi amor —susurró Brigitte—. No debiste dejarme sola, debiste llevarme a morir juntos…

Casi dio un salto, respingando, cuando el teléfono, que parecía algo también muerto en la salita-recibidor, lanzó el primer timbrazo

de llamada. Se volvió hacia él, y se quedó mirándolo todavía sobresaltada.

¡Triliiinnnggg…!, volvió a sonar. ¡Tril…!

—¿Sí? —inquirió Brigitte, con voz tensa.

—Buenos días, señorita Montfort.

—Es usted…

—Pues sí —rió el hombre—. Pero no me conceda demasiada importancia. Yo sólo soy el intermediario entre usted y otra persona que me hace hablar a mí porque tengo una bonita voz. Creo…

—¿Le han matado?

—Si se refiere a ese hombre al que usted llama Número Uno, precisamente la llamo para hablarle de él: es un sujeto muy testarudo.

Con no poco esfuerzo, Brigitte contuvo un grito de alegría, pero no pudo evitar que ésta quedase clarísimamente reflejada en su voz.

—¿Lo tienen ustedes? —exclamó.

—En efecto. Está herido, ha perdido mucha sangre… Pero es muy, muy terco. No vamos a entrar en detalles, sólo le diré que cuando lo cazamos por fin, él ya no llevaba el millón de dólares que nuestra gente había recogido y que él volvió a quitarles. ¿Usted me entiende?

—Sí —sonrió Brigitte.

—Estupendo. Tengo algo que proponerle: consiga otro millón de dólares antes de las diez de la mañana, o vamos a matar a este tipo. ¿Está claro?

—Conseguiré el dinero. ¿Adónde lo llevo?

—Tome el *ferry* que va a la Estatua de la Libertad, y, una vez allí, espere en el embarcadero. Y, señorita Montfort, si usted vuelve a dárselas de lista, este hombre que ama va a…

—Seré la más tonta de las tontas —musitó Brigitte.

—Buena decisión. Hasta luego.

—Adiós…

—Oh, espero que no se maree usted navegando.

—Muy amable. No, no me mareo… nunca.

El hombre llegó junto a ella, procedente de los parterres que adornan la isla, y señaló la colosal estatua.

—Impresionante, ¿verdad? —comentó.

Brigitte asintió con la cabeza. En la mano izquierda sostenía el maletín rojo con florecillas azules. En el suelo, a sus pies, había otro maletín, negro, más grande. Lo señaló.

—He traído el dinero —dijo.

—Es usted lista —sonrió el hombre—. Pero quizá un tanto imprudente: yo podía haber sido cualquier avispado caballero que intentase entablar conversación con tan bella muchacha.

—Podría usted haber sido, pero no lo es… Su voz es tan agradable en directo como por teléfono.

—Muchas gracias —rió el hombre, inclinándose a recoger el maletín negro—. Me llamo Renzo, señorita Montfort. Y le diré una cosa: usted me resulta simpática.

Baby Montfort sonrió, pero de tal modo que Renzo notó cómo se erizaba el corto cabello de su nuca.

—Usted a mí, no —dijo.

—Es lamentable. Bien, ¿nos vamos?

—Cuando guste.

Renzo alzó las cejas.

—¿No protesta, no se rebela, no se niega a venir…?

—Deje de decir tonterías y vamos a su lancha, Renzo.

—¿Cómo sabe que…? Oh, está bien: ya no diré más tonterías.

Señaló hacia el borde del embarcadero, y ambos caminaron hacia allí. En efecto, tal como Baby había comprendido fácilmente, Renzo disponía de medio propio de desplazamiento en aquel lugar, donde podía haberse visto muy comprometido, de no haber sido así. Renzo señaló la lancha, ante cuyos mandos había un hombre, con un cigarrillo colgando de los labios. Brigitte saltó a la pequeña cubierta, el hombre abrió la boca, estupefacto ante tantísima belleza, y el cigarrillo cayó.

—Vámonos, Ambler —rió Renzo.

—¡Fiuuu…! —silbó el hombre—. ¡Buena pesca la del día de hoy, Renzo!

—Cuidado con ella —frunció el ceño Renzo—, el jefe asegura que es una fiera.

—Bueno —guiñó un ojo Ambler—, siempre tuve deseos de ser domador. Desde niño. ¿Qué dice usted, preciosa?

—Es una ambición muy propia de un niño. Yo soñaba con ser la bailarina de *ballet* más famosa del mundo.

—Es simpática —sonrió Ambler—. ¿Verdad, Renzo?

Renzo recordó la sonrisa que había erizado sus cabellos, y asintió, murmurando:

—Sí, muy simpática. Vamos hacia el yate.

Era un yate viejo, bastante deslucido, y no muy grande, modesto, y como si hubiera estado bastante tiempo en desuso. Lo avistaron cerca de la costa de la punta Sandy Hook, donde se vislumbraba Fort Hancock. Llegaron al costado de babor un par de minutos más tarde, y la escalerilla de madera descendió, paralela al casco.

Brigitte emprendió la ascensión, impávida. Detrás de ella lo hizo Renzo, dejando a Ambler encargado de amarrar la lancha a la popa del yate.

—Venga, el jefe la está esperando.

Fueron hacia la toldilla de popa. Allá, cómodamente instalado en una extensible con lona de alegres colores, estaba el hombrecillo de blancos cabellos y ojos azules de niño extraño, con un libro en las manos, pero mirando ahora a Brigitte, que quedó un instante petrificada al verlo. Luego, en sus labios apareció una desganada sonrisa.

—¿Qué tal, Maestro? —saludó.

El hombrecillo sonrió, señalando otra extensible, y Brigitte se sentó.

—Su sangre fría es admirable —elogió el anciano—. Aunque, claro, puesto que Margit facilitó mi descripción a Número Uno, y éste se la facilitó a usted, ya debió, quizá, sospechar quién era el jefe de la SPITBRA… ¿No?

—Pues no, francamente —rechazó Brigitte—. Estaba convencidísima de que usted murió en la explosión [4].

—Ya ve que no fue así. Y espero que no se sorprenda demasiado si le digo que, en mis subterráneos, una de las cosas que primero fueron previstas era una salida de emergencia… discreta.

—Gran astucia la suya. De modo y manera que el Maestro está vivo…, y naturalmente, dispuesto a proseguir sus intentos de ser el emperador de América del Sur…

—Oh, he aumentado mis ambiciones: ahora, como punto de partida, quiero ser el emperador de las Américas.

—Fascinante. Norte, Centro y Sudamérica. Después, el mundo

entero.

—Y esta vez las cosas me irán mejor que con la Atomic Rain.

—Al menos, sus métodos no son tan criminales.

—Y, además, mucho más prácticos. ¿No está de acuerdo?

—Me temo que sí.

—Ah… ¡Lo teme! —El Maestro se echó a reír—. Señorita Montfort, usted resultó ser una enemiga formidable, y, claro, todo ello sólo podía estar basado en su inteligencia, que me está demostrando continuamente…, excepto con el asunto de anoche, al enviar detrás de Jamie a su Número Uno. ¿No cree que aquello fue un enorme fallo de usted? Puesto que yo conocía sus pensamientos, tenía que enterarme de todo lo que tramase.

—Ya no tiene remedio.

—Sí —reflexionó el Maestro—. Muy lista. Porque para hacer lo que hizo usted allí, en mi cuartel de la selva, no servía de nada la fuerza; sólo se podía conseguir con la inteligencia. Odio su inteligencia, porque es casi tan notable como la mía.

—Me hace usted un gran honor.

El Maestro se echó a reír.

—Ah, señorita Montfort, señorita Montfort… ¡Si supiese cuántas, cuantísimas veces, he pensado en usted durante estos meses! He tenido tentaciones de venir a matarla en muchas ocasiones, pero he sabido esperar, porque comprendía que usted me resultaría útil. Luego, cuando su utilidad haya terminado, la mataré de un modo que horrorizaría al más sádico de los verdugos chinos… ¡Renzo, maldito idiota, quítale inmediatamente ese maletín! —se sobresaltó, de pronto.

Renzo quedó desconcertado un instante, y cuando quiso abalanzarse hacia Brigitte, ésta le tendía ya su maletín, sonriendo.

—Cuidado —pidió—, los perfumes que yo gasto no son precisamente baratos. No vaya a romper las botellitas…

—¡Tíralo al mar! —aulló el Maestro—. ¡Tíralo al mar, Renzo! ¡Pronto!

El desconcertado Renzo obedeció. Dio impulso al maletín, lo soltó, y fue a parar al mar, bajo cuyas transparentes aguas desapareció rápidamente.

—Espero —sonrió Brigitte— que no se le ocurra hacer lo mismo con el otro: contiene un millón de dólares.

—Vacíalo aquí —señaló el Maestro a sus pies.

Renzo abrió el maletín, lo puso boca abajo, y los fajos de billetes cayeron sobre cubierta. Ambler, que había terminado su cometido y asistía algo alejado a la entrevista, contempló con ojos desorbitados un millón de dólares…, mientras el Maestro, por señas, exigía el maletín a Renzo. Lo examinó durante unos segundos, pero de pronto negó con la cabeza, y lo tiró a las manos de Renzo.

—Tíralo también al mar. Y te lo advierto, os lo advierto a todos, una vez más: no confiéis en esta víbora ni un instante. ¿Está bien claro?

—Sí, señor —musitó Renzo.

—De acuerdo. ¿Dónde estábamos, señorita Montfort?

—Pues yo estaba pensando que, evidentemente, usted precisa dinero… Y me pregunto, ¿por qué no me vendió a los chinos, o a los rusos, para cobrar la recompensa que sus servicios de espionaje y contraespionaje ofrecen por mi cabeza? Ya debe saber que son seis millones de dólares…, no uno.

—No vendería el privilegio de matarla personalmente, ni por todo el oro del mundo. Con un millón de dólares, me arreglaré muy bien. Luego, no será dinero lo que me falte. De todos modos, ha sido lamentable tener que recurrir a usted, pero… se me terminó el dinero, y de alguna parte tenía que sacarlo.

—Le agradezco que recurriese a mí —sonrió Brigitte—, me encanta colaborar en los adelantos científicos. Dígame, por favor, ¿de verdad lee usted mis pensamientos, o es algún truco que…?

—¡Nada de trucos! —cortó rabiosamente el Maestro—. Nada de trucos, señorita Montfort, nada de trucos… Ya se convencerá de ello. Y bien mirado, realmente, usted era la persona que yo necesitaba inicialmente para esta empresa. Sí, sí, sí, ha sido un gran acierto por mi parte no dar rienda suelta a mis deseos de venganza.

—Estoy de acuerdo con usted.

El extraño rostro de niño viejo del Maestro se crispó en un gesto de furia, de rencor.

—Se burla de mí —jadeó—. ¡Se considera superior a mí, a todos! Yo le demostraré que no lo es. ¡Yo soy…!

—Usted es un loco malvado —cortó Brigitte, fríamente—. Básicamente, un loco. Porque sólo a un loco se le ocurre dedicar su gran talento trabajando primero en la creación de una lluvia

atómica que convertía en cenizas a los hombres, y después no sé qué engendro llamado SPITBRA, que puede…

—¿Engendro? —aulló el Maestro—. ¿Llama usted engendro al mayor adelanto cibernético que jamás haya realizado el ser humano? ¡La loca es usted! Pero, además, ¿cree que soy el único que ha estado trabajando en esto? ¡Sepa que la CIA tiene en marcha estudios encaminados hacia el mismo propósito!

—¿Acaso he dicho yo que la CIA no sea también un grupo de locos? —volvió a cortar Brigitte.

—Usted es quien no está en su juicio —se pasmó el anciano—. ¡Lleva muchos años trabajando para la CIA! ¡No puede hablar así de esa organización!

—Yo no trabajo *para* la CIA, sino *con* la CIA. Y precisamente porque hace de eso muchos años, sé lo que digo.

—Ah… ¡Ah, ah, ah! —exclamó el Maestro, jubiloso—. ¡Ahí quería ir yo a parar! ¿Se da cuenta? ¡Usted es un archivo viviente, señorita Montfort! ¡Tan sólo leyendo sus pensamientos sobre la CIA, puedo convertirme en el amo de ésta! Pero aún haré más: de su cerebro iré extrayendo datos, nombres, claves, planes, secretos… A su vez, cada uno de estos datos me irá revelando las personalidades que me interesan para sondear sus mentes… En muy poco tiempo no habrá ningún secreto que el Gobierno de Estados Unidos pueda ocultarme. Tomemos, por ejemplo, el caso Watergate, ese sucio asunto de espionaje interior durante las elecciones presidenciales, en el que parece estar seriamente involucrado el presidente Nixon. ¿Es o no es culpable el señor Nixon de las suciedades de que le acusan? Sólo él lo sabe… Y dentro de muy poco, cuando yo haya conseguido las coordinadas mentales del señor Nixon, yo sabré lo mismo que él. Será como si estuviese dentro de su cerebro. SPITBRA: (*Spy in the Brain*)… Cada persona que yo elija, tendrá en su cerebro un espía, que estará trabajando para mí.

—¿Incluida yo misma?

—Usted *ya* está trabajando para mí: ya tiene un espía en el cerebro. ¿Quiere que le diga lo que usted está pensando ahora mismo sin el menor error?

—Preferiría ver a Número Uno: mis pensamientos ya los conozco, Maestro.

—¿Eso cree usted? Pues está equivocada: muchas veces, ni

siquiera nosotros mismos conocemos nuestros pensamientos, porque estamos dedicados a razonar sobre algo, pero, en realidad, nuestra mente, nuestro cerebro, está ocupado en pensamientos diferentes. Por ejemplo, usted es tan lista que puede estar… provocando pensamientos que le interesa que SPITBRA lea, para engañarme. Pues bien, eso es imposible de conseguir, porque SPITBRA no lee lo que usted quiere que lea, sino lo que realmente hay en su mente, el último pensamiento, el más hondo, el más sincero. Y se lo voy a demostrar.

El Maestro se puso en pie, y Brigitte le imitó. Al volverse hacia la entrada a los camarotes, vio en el costado de estribor, junto a la borda, un gran paquete alargado, envuelto en lona y cuerdas, y con una vieja ancla oxidada sujeta por las cuerdas.

—¿Quién es? —preguntó, comprendiendo.

—Se llamaba Margit. A los tres del apartamento los dejamos allá porque no hay ninguna pista en ese lugar, pero Margit habría quedado demasiado cerca de cierto lugar que, si es posible, prefiero mantener en secreto… La mató su amor, Número Uno.

—Uno no acostumbra a matar mujeres…, a menos que sea inevitable. Algo intentaría esa Margit.

—Simplemente, matarlo a él —sonrió el Maestro—. Parece que ustedes dos se entienden muy bien, señorita Montfort.

—No necesitamos su SPITBRA para que cada uno sepa lo que piensa o pretende el otro.

—Admirable… y emocionante. Aunque, a veces, puede ser un tanto complicado. En cambio, yo, con mi SPITBRA, no tengo el menor problema. Ahora, mientras vamos a alta mar para tirar allá a la infortunada Margit, voy a tener el placer de presentarle a SPITBRA. Venga, por favor, está abajo.

Capítulo VII

—Ahí lo tiene.

Brigitte se quedó mirando aquella serie de aparatos y pequeñas pantallas de televisión, de las cuales había seis, dos de ellas encendidas, mostrando la gráfica moviéndose de izquierda a derecha. Oleg Conan, vuelto hacia ella, la contemplaba con amable sonrisa, sentado ante las pantallas.

—¿Qué tal? —saludó—. ¿Cómo está usted, WAX 3940777?

Brigitte parpadeó, desconcertada, mientras el Maestro se echaba a reír jubilosamente.

—Le presento a Conan —dijo—. Perdónelo por llamarla así, pero es que su cerebro está clasificado de ese modo en nuestro receptor. Usted, para nosotros, es WAX 3940777. ¿Recuerda usted el intensísimo dolor de cabeza que le hizo perder el sentido?

—Sí —musitó Brigitte, estremeciéndose.

—Me divertí muchísimo con sus temores, mientras citaba sometida al examen del doctor Mac Allister. Es un buen médico, ya que, en efecto, usted no tiene nada malo en su cabeza: lo único que ocurre es que nosotros hemos… sintonizado su onda mental… Digamos que su cerebro es una emisora, y que SPITBRA es un receptor. ¿Lo entiende?

—Bastante bien. Usted está diciendo que mi cerebro emite determinadas ondas mentales, y que su aparato las capta.

—¡Exactamente! Hay en el núcleo cerebral una especie de impulsos eléctricos, que determinan el pensamiento. Ese núcleo cerebral está funcionando *siempre*. No importa que usted esté dormida, o herida, o que intente no pensar… Siempre, siempre, siempre, el núcleo cerebral está emitiendo una especie de impulsos eléctricos, de una sensibilidad extraordinaria… Lo único difícil es captar esos impulsos. Para que me entienda, le diré que más o menos es como intentar localizar una emisora que está emitiendo

mensajes en una onda desconocida, clandestina…

—Y usted ha localizado mi onda mental.

—En efecto. Eso se consigue por medio de este aparato —lo alzó del tablero—, cuyo nombre no puede ser más adecuado y expresivo: Localizador.

Brigitte contemplaba, con irreprimible interés, el aparato que el Maestro tenía en las manos. Parecía, simplemente, una cámara fotográfica de buen tamaño, con la única variante de la pequeña antena, de unas diez pulgadas, que sobresalía en una esquina. Por lo demás, incluso tenía objetivo. De tal modo que si se ocultaba aquella antena, el aparato, para cualquiera, sólo podía ser una cámara fotográfica grande.

—¿Cómo funciona? —preguntó.

—Vea esto —el Maestro volvió el Localizador hacia ella, y señaló el recuadro donde, normalmente, se centraba la imagen que se quería obtener en una fotografía—. En este visor no aparece determinado recuadro a fotografiar, sino, una vez conseguida la onda mental de la persona elegida, una sigla de letras y números. Esta sigla aparece iluminada cuando la persona apuntada con el Localizador ha quedado, por fin, identificada… Con usted, mis hombres estuvieron trabajando tres días.

—¿Me estuvieron… apuntando con este aparato durante tres días?

—Sí. Cada vez que usted estaba a su alcance, apuntaban el Localizador, oprimían este resorte —señaló— y el aparato se ponía en marcha, activado su circuito integrado, con pilas solares. Las combinaciones expresivas que pueden aparecer en el visor son infinitas, naturalmente, pero se van sucediendo a una velocidad que podríamos comparar con la de la luz. Mientras el Localizador no recibe la onda de los impulsos cerebrales de la persona apuntada, nada ocurre. Pero, en cuanto localiza esa onda mental, la persona afectada sufre un… dolorosísimo cortocircuito mental y en el visor aparece la sigla clasificatoria adecuada a mis claves establecidas… Anoche, cuando usted estaba charlando con aquel hombre, delante del *Morning News*, su sigla apareció, por fin, en el visor: WAX 3940777. Usted no puede imaginarse la alegría de mis hombres, que ya comenzaban a temer que todo esto era un fracaso. Corrieron a reunirse conmigo, me informaron respecto a su sigla, y entonces,

colocamos ese receptor —señaló una de las pequeñas pantallas— en la onda cerebral de usted…

—¿Está funcionando ahora?

—En efecto —sonrió el Maestro—: estamos… grabando todo lo que usted piensa.

—¿Grabando?

—Sí, sí… Mire, esa especie de gráfico, tan veloz, lo originan sus impulsos cerebrales, su onda mental. A su vez, ese gráfico queda grabado en una lámina a escala reducidísima, y de una sensibilidad siempre extraordinaria… Digamos que tenemos ya, la grabación.

—¿Como una cassette?

—Exactamente. Conan, dame la ficha de la señorita Montfort.

—Con gusto —rió Conan.

La sacó del receptor, y la tendió al Maestro, que hizo una seña a Brigitte, y ambos caminaron hacia la computadora.

—Y aquí, finalmente el Descifrador de Impulsos… Basta introducir la ficha aquí, apretar este botón rojo, y…

La computadora comenzó a funcionar, velocísimamente. Por la rendija apareció la tira de papel, y el Maestro la cortó, con el gesto de un niño sabelotodo, muy ufano.

—… Y sus pensamientos aparecen, ya escritos, en este papel. Dentro del Descifrador se ha producido… un milagro: ha asimilado la grabación, y cada señal ha sido enviada a la Clive de Expresión. Esa clave envía sus… conclusiones, mediante impulsos eléctricos, a la Reproductora, que, en definitiva, es una… digamos, una máquina de escribir. Análisis terminado. ¿Quiere conocer sus últimos pensamientos, WAX 3940777?

—Supongo que será interesante —murmuró Brigitte, pálida.

El Maestro sonrió, y leyó rápidamente el análisis, Luego, entregó la cinta de papel a Brigitte, que leyó:

> Si no hubiesen tirado al mar mi maletín, podría destruir este cacharro con los explosivos.
>
> De todos modos, si Uno y yo no podemos hacer eso, mataremos a este hombrecillo de un golpe y nos iremos… Nadie podrá detenernos, son unos desgraciados. ¿Dónde

tienen a UNO? ¿Está bien? Oh, Dios, como le hayan hecho un daño irreparable, yo les… ¿Qué está diciendo el Maestro?

Ha dicho «cuando usted estaba charlando con aquel hombre delante del *Morning News*».

Eso quiere decir que no saben que era Frankie… No saben que era Frankie… Si no saben que… era Frank Minello, podrían pensar que era Número Uno… Pero el Maestro ni ha comentado que el hombre que tienen no sea el que estaba conmigo delante del *Morning* Y… si quizá piensan que Frankie era Uno tendrían que haberme preguntado quién es el que ellos tienen, tan diferente a Frankie… Pero no me han preguntado eso, así que no están sorprendidos de que el hombre que ellos tienen no sea el que vieron conmigo anoche.

Y si no están sorprendidos quizá sea porque no tienen a Uno… No… entiendo… Aunque… quizá sí debo entender… No tienen… a… Núm…

Cuando alzó la mirada, encontró la del Maestro fija en sus ojos, sardónicamente.

—En efecto —asintió el anciano—: no tenemos a Número Uno. Pero SPITBRA nos dijo que usted no recibía noticias de él, y que pensaba que estaba muerto. Entonces, decidí que había llegado el momento de entrevistarnos usted y yo. Puesto que no tenía noticias de ese hombre, muy bien podría pensar que estaba muerto…, o bien, que había sido capturado, y privado de la radio con la que se comunicaba con usted, motivo por el que no tenía noticias de él. También me dijo SPITBRA que usted estaba en el apartamento, así que la llamé allí, es decir, le indiqué a Renzo lo que tenía que decirle, y usted, lógicamente, lo creyó: teníamos a Número Uno, él no podía comunicarse… Y como le ama de un modo tan… increíble, yo no tuve la menor duda de que, esta vez, usted no haría tonterías. Y aquí la tenemos.

—Maestro —sonrió Brigitte, sorprendiéndole—; voy a hacer un trato con usted.

—¿De veras? ¿Qué trato?

—Le voy a regalar el millón de dólares que ya tiene, y añadiré cuatro más. Cinco millones. A cambio de esto, usted se va de aquí, se compra una villa en una isla desierta, y se olvida del mundo. Es un buen trato.

—Es un pésimo trato —rió el Maestro—. ¿Cómo quiere que me olvide del mundo, si dentro de poco todo el Mundo será mío?

—Escuche bien esto: si no acepta este trato, Número Uno le romperá el cuello.

—Número Uno ha muerto. Margit le atacó con uno de sus cuchillos, cuando estaban en el coche. Encontramos mucha sangre en el coche, y luego por el suelo, señalando el camino hacia el Hudson… Allí, la pista de sangre terminaba. ¿Conclusión?: Número Uno estaba malherido, huía de mis hombres, cayó al río, y… cualquier día aparecerá su cadáver. ¿Se le ocurre algún trato más interesante para proponerme, WAX 3940777?

—Ese es el mejor para usted.

—Pues en ese caso —replicó, con sarcasmo, el Maestro—, lo meditaré seriamente. Mientras tanto, usted va a ser mi invitada: lo único que tiene que hacer es pensar en todo cuanto sabe, a fin de que SPITBRA vaya acumulando información. ¿Por dónde le gustaría que empezásemos?

—Empezar…, ¿qué?

—La campaña de dominación… Oh, pero antes, claro, preciso muchos más receptores —señaló las pantallas—. Y por eso quería el millón de dólares, para comprar más material… Dentro de una semana, puedo tener dispuestos, para el trabajo, cien receptores. Dentro de un mes, mil. En un año, todos los cerebros importantes del mundo estarán bajo mi control… ¿Se lo imagina?: una gran sala, con varias computadoras y miles de receptores que captarán los pensamientos de los personajes de todo el mundo… El principio puede ser un gran chantaje… Tomemos de nuevo, por ejemplo, el caso Watergate. Sólo tengo que enviar a mis hombres a localizar la onda mental del señor Nixon. Una vez conseguido esto, sabré en todo momento lo que piensa. Y no creo que todo lo que piense un presidente sea bueno, aun suponiendo que él no tuviese

conocimiento de ese sucio asunto. De un modo u otro, si yo le envío al señor Nixon una nota con sus pensamientos…, ¿cuál cree que sería su reacción?

—No conseguirá eso —palideció de nuevo Brigitte.

—¿Por qué no? Lo he conseguido con usted, que tiene el cerebro más renuente que se pueda buscar. ¿Por qué no he de conseguirlo con el señor Nixon? ¿O con Fidel Castro? ¿O con Elizabeth Taylor? ¿O con un vagabundo, con un militar, con un escritor, con todos los políticos del mundo…? ¿Por qué no, WAX 3940777? Utilice la imaginación… Vea en ella una sala enorme…, muchas salas enormes, llenas de receptores y computadoras, informándome de lo que piensan todas las personas elegidas. ¿Por dónde quiere que empiece? ¿Por la ONU, por ejemplo? La tenemos tan cerca… Sólo tengo que enviar allá a varios hombres con varios Localizadores, y esperar que salga gente de ese edificio. Serán apuntados con los Localizadores, sus impulsos mentales eléctricos serán localizados, anotados, archivados. Luego, sólo precisan ser… conectados a un receptor, y ya son míos. Hagan lo que hagan, no importa, porque el pensamiento es involuntario, no es controlable por el ser humano… Cada cerebro tiene su vida, su funcionamiento propio, independiente de la voluntad de su… usuario. El cerebro siempre trabaja, siempre piensa, nada puede detenerlo, excepto la muerte. El cuerpo es sólo… un vehículo para el cerebro. El cuerpo no vale nada, nada… El Hombre es solamente cerebro… Solamente cerebro, WAX 3940777. El Hombre muere si le quitan el cerebro, pero el cerebro puede conservarse vivo bastante tiempo después de que su vehículo ha quedado inutilizado…

—Usted está verdaderamente loco.

—¿Eso piensa? Bueno, le diré una cosa: si a usted la mato, usted está muerta; pero, puedo conseguir que su cerebro siga dando señales de vida. Usted necesita su cerebro, su cerebro no la necesita a usted. Por eso, WAX 3940777, tengo un muy especial destino para su cerebro. ¿Venderla como simple carne a los rusos, o a los chinos…? ¡Por favor, no me insulte! ¿Dinero? ¡Tendré todo el dinero que quiera, en cuanto ponga cien SPITBRA en funcionamiento…! Pero ¿y el placer de la venganza? Eso nadie puede proporcionármelo, salvo usted… Su cuerpo será aniquilado gramo a gramo: primero un ojo; luego una uña; después, una oreja;

más adelante, un trocito de uno de sus encantadores labios; posteriormente, un diente; más tarde, un trozo de carne de un seno; más tarde todavía, un pie completo, quizá. Y así hasta que su cuerpo, cada vez más mermado, cada vez más mutilado, cada vez más pequeño, vaya desapareciendo, desapareciendo, desapareciendo… Entonces, cuando su cuerpo ya no pueda resistir más, le quitaré el cerebro, sin molestarme en matarla… Morirá cuando le quite el cerebro. Y su cerebro, recibiendo impulsos eléctricos provocados por pilas solares, seguirá funcionando… ¿Qué tramará entonces su cerebro, WAX 3940777? Eso será digno de saberse. Y todavía hay más: yo me las arreglaré para que su cerebro sepa que está solo, que ya no cuenta con el cuerpo de usted, que los impulsos que recibe no son los de una persona, sino los de una fuerza cósmica que nadie conoce bien todavía: la electricidad. ¿Qué pensará su cerebro entonces? Quizá me odie, pero…, ¿se lo imagina? —El Maestro se echó a reír—. ¡Un cerebro que me odie, pero que nada pueda hacer contra mí porque no tiene su vehículo de acción! ¡Un cerebro que me odie infinitamente, y que yo lo sepa, y capte ese odio, esa angustia, esa tortura que durará lo que dure ese cerebro solo, aislado, latiendo sin cuerpo, artificialmente…! ¿Alguna vez oyó de una venganza tan completa, tan exhaustiva como ésta, WAX 3940777?

Brigitte Montfort parecía a punto de desmayarse, pero, de pronto, lanzando un alarido, se abalanzó contra el Maestro, que chilló como un conejo aterrado y se dejó caer al suelo, cubriéndose la cabeza con ambas manos…

Hizo muy bien.

Hizo muy bien porque, de no haberse cubierto la cabeza, el terrorífico golpe de karate descargado por Brigitte habría hundido su cráneo como si fuese de papel. Así, con el gesto de protección instintivo de un niño asustado, el Maestro salvó la vida…, mientras su muñeca derecha, que recibió el tremendo hachazo, crujía como una astilla seca, y parecía que la mano incluso fuese a ser cercenada, tal fue la violencia del golpe.

Del primer golpe, porque Brigitte, aprovechando el estupefacto espanto de Renzo y Ambler, que estaban en la puerta de la cámara donde había sido instalado el SPITBRA, volvió a descargar otro golpe, que produjo un silbido en el aire al no acertar esta vez al

Maestro que había caído todo lo largo, desvanecido por el dolor…

Brigitte Montfort, alias Baby, la espía más mortífera del mundo, se dispuso a descargar el tercer golpe, pero ya no tuvo tiempo… Reaccionando, con un grito de incredulidad y terror en la garganta, Renzo saltó hacia ella, sacando la pistola, y golpeó con ésta en la parte posterior de la cabeza de la espía, tirándola de bruces sobre la computadora, donde rebotó, para caer de espaldas al suelo y quedar inmóvil, con los ojos abiertos…

—Por todos los demonios —jadeó Renzo—. ¡De verdad es una fiera!

Oleg Conan estaba reaccionando ya, palidísimo. Se inclinó sobre el Maestro, y se estremeció al ver la muñeca derecha tronchada. Pero, ciertamente, enseguida comprobó que el anciano seguía con vida, y miró a Ambler.

—Hay que tocar tierra… ¡Hay que buscar un médico! Ve a dar esa orden. Renzo, ocúpate de WAX 3940777: amárrala bien, y llévala a uno de los camarotes… ¡Y que un hombre se quede con ella todo el tiempo, vigilándola, bien armado!

—De acuerdo —farfulló Renzo, todavía excitado.

Se guardó la pistola, puso una rodilla en tierra junto a Brigitte, y pasó un brazo por debajo de sus rodillas, y otro por, la nuca… Retiró vivamente este brazo, y se quedó mirando la sangre, como fascinado.

—Está…, está muerta —tembló su voz.

Conan lanzó una exclamación de auténtico terror.

—¡Si has privado al Maestro de su venganza, más vale que todos nos vayamos de aquí! —respingó; se acercó a Brigitte, y le puso dos dedos en el cuello; enseguida miró furiosamente a Renzo—. ¡No está muerta, idiota, sólo desvanecida! ¡Haz lo que te he dicho!

—Sí… Sí, sí, la… la llevaré a un camarote y…

Capítulo VIII

La puerta del camarote se abrió, y el hombre que estaba vigilando a Brigitte Montfort volvió vivamente la cabeza; pero se tranquilizó en seguida, al ver al Maestro, que entró, en silencio, y fue a sentarse en un blanco Taburete. Durante unos segundos, estuvo mirando fijamente a Brigitte, que estaba atada de pies y manos, y tirada en el suelo. Tenía sangre en un lado del cuello y la oreja y parte de la mejilla de aquel lado, y estaba pálida…, pero sus ojos miraron con fría indiferencia al anciano de cara de niño viejo. Una indiferencia tal, que el hombre de vigilancia quedó entre sobrecogido y atónito. Hasta el punto de que tardó en captar la seña que le hacía el Maestro para que saliese del camarote. Respingó al verla, y se apresuró a salir, dejándolos solos.

La mirada de Brigitte, congelada, había ido un instante, como un par de cortantes rayos azules, hacia la muñeca escayolada del Maestro, y una sonrisa prieta, despectiva, apareció en los sonrosados labios de la espía más peligrosa del mundo.

—Tuvo usted suerte, canallita, ¿no le parece? —comentó.

El Maestro no contestó. Seguía mirando fijamente a Brigitte, mientras en su mente se reproducían los últimos acontecimientos: el médico que sus hombres habían ido a buscar con la lancha a Nueva York, explicándole un falso accidente, que el paciente estaba imposibilitado, y que sería mejor que él fuese allá con el material necesario para escayolar una muñeca rota… Era un buen médico, que había hecho un buen trabajo, y que recibió unos honorarios adecuados antes de marcharse, una vez el anciano paciente se hubo recuperado de los efectos de la anestesia. Los hombres del Maestro lo habían llevado de nuevo a tierra, y allí no había pasado nada…, excepto el tiempo, y aquellas malas horas para el Maestro.

—No me diga que le dejé mudo del susto —deslizó socarronamente Brigitte—. ¿Le hice tragar la lengua, gusanito…?

¿Le dije alguna vez que parece usted un gusanito blanco, con ojos desorbitados?

El Maestro apretó los labios, sin apartar los ojos de ella, de los de Brigitte, tan grandes, tan hermosos, tan azules…, tan fríos ahora. Le estaba provocando premeditadamente, pero el anciano no reaccionaba. Sólo miraba, miraba, miraba…, con el odio llameando en sus pupilas como todo signo de vida. Un odio total, absoluto, escalofriante. Sólo miraba…, como si estuviese así descargando el odio que de otro modo podría hacerle estallar como si fuese una bomba.

—Le diré algo para facilitarle el trabajo a su SPITBRA —siguió Brigitte—. Número Uno no ha muerto. ¿Verdad que SPITBRA ya le ha dicho a usted que yo estoy pensando eso? Pues es cierto: lo pienso, y cada vez estoy más convencida. Le diré por qué: si Uno hubiese estado malherido de verdad, me habría llamado y habría buscado el modo de hacer frente a sus hombres, mientras yo llegaba… bien acompañada, por supuesto. Pero él sabía que sus fuerzas estaban intactas, y le aseguro que si cayó al río fue porque él quiso, para despistar a los hombres de usted. ¿Y sabe por qué no me llamó posteriormente por la radio? Porque, si lo hubiese hecho, SPITBRA habría sabido, por medio de mis pensamientos, que él seguía con vida…, y a él no le interesa que se le considere vivo. Él sabe que yo lo entenderé así, y por eso ni siquiera se le ocurre que yo pueda estar sufriendo. ¿Se da usted cuenta, gusanito? Uno y yo no necesitamos sus artefactos para conocer nuestros mutuos pensamientos. ¿Verdad que es eso lo último que SPITBRA le ha informado, canallita? Pues bien: tenga cuidado, porque cuando usted menos lo espere, el tigre caerá sobre su nuca. Sí, cuando menos lo espere… Silencioso, taimado, veloz, poderoso…, y de una sola dentellada, lo matará.

El Maestro parpadeó. Sólo eso. Y durante unos minutos más, siguió mirando fijamente a la divina espía. Parecía un extraño robot, casi simpático.

De pronto, se puso en pie, caminó hacia Brigitte, y se colocó de modo que sus pies quedaron ante el pecho de ella. Echó el derecho hacia atrás, y luego hacia delante, con fuerza, incrustándolo en el seno izquierdo de Baby, que palideció y se crispó, se mordió los labios…, pero no emitió el más leve sonido, el menor quejido. El

Maestro aplicó un puntapié ahora al seno derecho de Brigitte, cuya palidez era idéntica a la de un cadáver; su rostro se había desencajado, y su boca se abrió, angustiosamente; unas gotas de sudor aparecieron en su frente.

El Maestro no siguió golpeando. Pasó al otro lado, colocándose a espaldas de Brigitte, que yacía de costado, y se quedó mirando las manos atadas a la espalda de ella. Alzó un pie, los puso sobre las manos amoratadas por la presión de las cuerdas, y apretó, apretó, apretó, largamente, lentamente, hasta que se oyó el crujido, Brigitte emitió un gemido incontenible, y su cabeza cayó, inerte, de modo que la sien golpeó en el piso del camarote. El Maestro frunció el ceño, y volvió a colocarse ante ella, de modo que ahora podía verle los ojos, que se habían cerrado. El rostro de Brigitte Montfort parecía de cera, y las gotas de sudor resbalaban por él, ahora en abundancia.

—No, no, no —sonrió siniestramente el hombrecillo—. Así, no, WAX 3940777, así no. Tienes que estar bien despierta, cuando yo me dedique a ir mermando tu cuerpo, a ir mutilándolo. Y cada vez que te desmayes, como ahora, yo me detendré, y esperaré a que vuelvas en ti. ¿Qué clase de estúpida tortura sería aquella que el torturado no siente? Lo primero que haré será romperte las dos manos, desde luego, pero no así, sin que tú estés en tus plenos sentidos… Esperaré. Esperaré el tiempo que sea preciso, porque no tengo prisa. Ninguna prisa, así que… esperaré.

La espera no fue muy larga.

Pero suficiente para que cuando Brigitte Montfort, alias Baby, alias WAX 3940777, recuperó el conocimiento, ya fuese noche cerrada. La circular portilla del camarote parecía una mancha negra, de profundidad infinita…

Enseguida, la divina espía respingó, y volvió los ojos hacia donde había estado sentado el Maestro. Y una crispación apareció, fugacísima, en los bellos labios, cuando vio al hombrecillo sentado allí, mirándola de aquel modo tan horrendamente fijo y cruel.

Brigitte hizo girar los ojos en las órbitas, y los cerró de nuevo, simulando que había vuelto a desmayarse, porque comprendía que el Maestro no se divertiría con ella mientras estuviese inconsciente. Pero oyó la risita de él, y supo que no podía engañarlo de modo tan ingenuo.

—Quizá no debí provocarle tanto —pensó, cerrados los ojos sin perder la esperanza de engañarlo.

Le había provocado deliberadamente para que él se acercase a ella, porque durante aquellas horas casi había conseguido soltar sus manos, con movimientos lentísimos, a fin de que el hombre que la vigilaba no se diese cuenta de lo que estaba intentando. Si el Maestro se acercaba a ella, y la golpeaba, ella tendría justificación para moverse, y así no llamaría la atención con sus últimos tirones para soltarse, si es que realmente esto era posible, pues las cuerdas todavía le apretaban con fuerza las muñecas. Pero los golpes del anciano habían sido dirigidos a un punto demasiado doloroso, y luego, cuando le aplastó las manos, ya no pudo resistirlo. Y finalmente, ahora se daba cuenta de que la derecha le dolía horriblemente.

Más le dolió el primer puntapié de aquella segunda tanda, ahora en los riñones. Se crispó, lanzó un gemido y, en verdad, sin truco alguno, volvió a desvanecerse.

El Maestro la golpeó un par de veces más, pero tuvo que comprender que ella no estaba fingiendo. Alzó las cejas, fue a inclinarse delante de ella, y le alzó un párpado.

—Pues es verdad —rió—. ¡Ha vuelto a desmayarse! Oh, vamos, agente Baby, usted puede resistir mucho más que esto. Tengo grabaciones de su mente que me lo hacen creer así… Interesante historia la suya. Interesante, fantástica, fabulosa…, ¡increíble! Una mujer que ha hecho lo que su cerebro nos ha dicho, no puede perder el conocimiento por unos cuantos golpes…

Pero así había sido, y el Maestro volvió a sentarse.

La espera fue más larga que la anterior, pero allí estaba él, esperando. Esperando el tiempo que fuese preciso.

Y esta vez, fue, lo primero que vio Brigitte, al abrir los ojos. Allá estaba el Maestro, esperando, mirándola, sonriendo de un modo escalofriante. Pese a todo, aun sabiendo lo que él esperaba, Brigitte sostuvo la mirada, orgullosamente. No cedería. No le daría el gusto de verla vencida por el dolor, y, mucho menos, por el miedo. Podía matarla, pero ella no cedería.

El Maestro comprendió aquella mirada. Estaba ante un ser superior, de una clase fuera de cualquier definición. Estaba ante un ser humano, cuya perfección física era infinitamente inferior a su

perfección mental y moral. Estaba ante una persona cuya moral era indestructible, y que a él lo consideraba por debajo de su capacidad. Muy por debajo, muy inferior en todo.

Y comprendiendo esto, el Maestro fue notando cómo su rostro se acaloraba, y sus venas se hinchaban y latían con más fuerza, acelerando su ritmo respiratorio, su furia, su odio.

Se puso en pie…, y en aquel momento, por el negro disco de la portilla del camarote entró un encantador juego de luces de colores. Destellos de color rojo, de color verde, de color azul… Casi al mismo tiempo, los motores del yate dejaron de funcionar, dejaron de trepidar, de oírse. Y en su lugar se oyó entonces el zumbido de otro motor, mucho más pequeño, más vivo. Era como sustituir el zumbido de un águila volando, por el de un mosquito. Pero un mosquito molesto, que zumbaba muy cerca del viejo yate, se alejaba, volvía…, mientras por la portilla seguían entrando destellos de luces de colores y los débiles estampidos…

La puerta del camarote se abrió, y apareció Renzo en el umbral.

—¡Maestro, ahí fuera hay unos locos, en una lancha que se están «divirtiendo» con nosotros!

—¿Qué es lo que pasa? ¿Por qué nos hemos detenido? Le dije a Wateau que íbamos a Washington, ¿no es así? ¡Nada nos importan unos locos!

—Bueno, pero es que ellos…

—¡Dile a Wateau que vuelva a poner en marcha los motores, y que siga la ruta!

—Pero es que los vamos a matar, Maestro.

—¡Pues los matamos! ¿Qué nos importan?

—Eso puede traernos muchas complicaciones —murmuró Renzo.

—Pero ¿qué demonios es lo que pasa, exactamente?

—Son unos cuantos jóvenes en una lancha, que van cantando y lanzando cohetes, como si fuese el cuatro de julio… Han pasado tres o cuatro veces, a toda velocidad ante la proa del yate, casi tocándonos, y dan vueltas a nuestro alrededor, ríen… Deben estar borrachos o drogados —parpadeó y escuchó atentamente—. ¡Ya no se oye la lancha! ¡A ver si han…!

Ambler apareció tras él, apresurado.

—¡Renzo! —gritó—. ¡Esos chiflados pretenden subir al yate para

invitarnos a su fiesta! ¡Una de las chicas se ha quitado la ropa, y nos está llamando maricas porque no la dejamos subir…!

Los dos miraban al Maestro, que masculló algo y señaló hacia arriba. Antes de salir, el Maestro dirigió una mirada a Brigitte. Una mirada inequívoca: volvería por ella, seguirían allá donde había terminado. Es decir, él golpeándola, ella desmayándose…

Al llegar a cubierta, el ceño del Maestro se frunció aún más. Del costado de babor llegaba una canción de varias voces a grito pelado, y justo entonces un par de cohetes ascendían hacia el estrellado cielo, dejando una delgada cola en rojo luminoso…, para terminar allá arriba, reventando en una flor de varios colores.

Algunos de sus hombres estaban asomados a la borda, y uno de ellos reía, mientras decía algo a los demás, señalando hacia abajo. El Maestro los apartó a todos, y se asomó por la borda…

—¡Hey! —oyó la risa femenina, juvenil—. ¡Mirad, un encanto de abuelito! ¡Abuelito, cuéntanos un cuento!

—¡Sí, sí! —corearon los demás jóvenes de la lancha—. ¡Cuéntanos un cuento, abuelito!

—¡Ah, del barco! —gritó una de las dos muchachas desnudas sobre la cubierta del tablero de mandos—. ¡Echadnos un cabo! ¡Somos unos náufragos!

—¡Váyanse de aquí! —gritó el Maestro—. ¡Vayan a hacer cochinadas a otra parte, o vamos a llamar por la radio a los Guardacostas!

—¡Hombre, abuelito…! ¡Pero si queremos invitarte a la juerga!

—¡Queremos que el abuelito entre en la juerga…! —gritó una de las chicas desnudas—. ¡No seas mariquita, abuelito!

—Muchachos —dijo uno de los jóvenes—, ¡al abordaje! Contramaestre, dispare el cañonazo de aviso.

—¡A la orden, capitán pirata!

Un cohete partió de la mano del «contramaestre», y el Maestro y sus hombres se echaron hacia atrás, respingando…, mientras, el ingenio pirotécnico pasaba rozando la borda, lanzando diminutas chispas a todos lados, en rapidísima ascensión, que fueron cayendo lentamente, un par de segundos antes de apagarse.

—¿Llamamos a los Guardacostas? —preguntó Ambler.

—¡Idiota! —rugió el Maestro—. ¡Claro que no! Sube a la cabina y dile a Wateau que ponga el yate en marcha… ¡Y si vuelven a

molestarnos, que no pare los motores! Si hundimos esa lancha, es cosa de esos chiflados, no nuestra. ¡Ve a decírselo!

—Sí… Sí, señor.

Ambler miró a Renzo, pero éste simuló no darse cuenta de la consulta que había en aquella mirada. El Maestro fue de nuevo a la borda, y se asomó… Las dos chicas desnudas comenzaron a aplaudir y a tirarle besos.

—¡Viva el valiente abuelito! —gritó una.

—¿Dónde están los otros conejitos? —preguntó la otra.

—¡Escuchen, el yate se va a poner en marcha, y no va a detenerse otra vez, se lo advierto! —gritó el Maestro—. ¡Lo que ocurra será culpa de ustedes…!

—¡Huuuuuuuu…! ¡Contramaestre, dispare el seg…!

El yate empezó a trepidar, los potentes motores se oyeron perfectamente, hacia popa comenzó a aparecer la espuma de la hélice batiendo el agua velocísimamente… Dos cohetes más pasaron rozando la borda, pero el Maestro ya no les hizo caso. El yate se movía ya, adquiriendo de nuevo su velocidad de crucero… La lancha pasó junto al yate, con las dos chicas todavía desnudas sobre el morro…

—¡Maricas…! —llegó la voz de una de ellas.

Mientras tanto, la lancha pasó una vez más por delante de la proa del yate. Y otra vez, y otra…

—Se van a matar —aseguró Renzo, inquieto.

—Peor para ellos, si son tan cretinos.

Pero, al parecer, los jóvenes juerguistas no eran tan cretinos, o bien desistieron de la diversión, al no encontrar gente propicia a seguirles el juego e invitarlos a seguir la juerga en el yate. Después de la tercera pasada por delante de la proa, otro cohete partió hacia el cielo, pero en trayectoria muy inclinada, pasando por encima del yate. Luego, definitivamente al parecer, la ancha se alejó, dejando tras ella un camino de blanca espuma, hacia la costa, hacia las luces de la ciudad…

—¿A qué altura estamos? —preguntó el Maestro.

—Creó que esas luces son de Atlantic City.

—Bien. Si esos imbéciles vuelven, ignoradlos. Nosotros vamos a Washington, y eso es todo. ¿Está claro, Renzo?

—Sí, señor.

—Estaré abajo, con Brigitte Montfort.

Cuando entró de nuevo en el camarote, el Maestro captó la mirada que le dirigía la espía, y su ceño se frunció.

—¿Por qué me mira así? —gruñó—. ¿Hay algo que le parezca divertido?

Brigitte apretó los labios. Pero en sus ojos permaneció aquella extraña luz que al Maestro le parecía… salvaje. Sí, salvaje, sardónica…, y de triunfo. De triunfo salvaje, implacable.

—¿Qué ha, ocurrido ahí fuera? —preguntó ella, seca la sonrisa.

—Unos jovencitos degenerados, que querían ser invitados al yate. ¿Es eso lo que le divierte?

—Supongo que con ellos lo habría pasado mejor que con usted.

—Eso, desde luego —sonrió, a su vez, el Maestro—. Porque ya me he cansado de golpear, señorita Montfort. Ahora vamos a…

La puerta del camarote volvió a abrirse, violentamente, y el Maestro se giró hacia allí, llameantes de furia los ojos. Oleg Conan entraba impetuosamente, tendiéndole una tira de papel de la computadora. Estaba lívido y el Maestro comprendió que la interrupción tenía que estar justificada. Tomó la tira de papel, la leyó y lanzó una exclamación.

—¿Cuándo ha sido esto? —preguntó.

—Ahora mismo. He cambiado la ficha del receptor, porque ya estaba saturada. He puesto otra nueva, y he llevado la última a la computadora, por si había algo de interés… Esta es la respuesta… Lo importante está al final, desde luego.

—¡Ya lo he comprendido! —gritó el anciano.

Y volvió a leer los últimos pensamientos de WAX 3940777.

Ya ha llegado los está engañando, él ha venido a buscarme, los va a hacer pedazos a todos, sin que sepan lo que está ocurriendo… sabía que lo haría, que él vendría a buscarme, fuese como fuere claro está que… no murió santo Dios, claro que no podía morir… No me llamó para que yo no supiese lo que iba a hacer, pero ahora lo comprendo perfectamente………… no cayó ni se tiró al río, sino que se quedó en tierra, los vio a todos, cuando se trasladaban al yate, y no

lo ha perdido de vista, esperando el momento de atacar, y sabe que estoy aquí, por eso no la ha volado ya en mil pedazos…… pero estaba esperando a la noche para llegar aquí y ha utilizado a esos jovencitos degenerados les habrá pagado espléndidamente su ayuda, después de decirles que no había que correr riesgos, que sólo era una broma él ha venido con ellos, y ahora está en el yate…… estoy pensando demasiado en esto, pero no puedo evitarlo van a saber que él está en el yate, pero no importa, los destruirá a todos, los despedazará lo dijo y lo va a hacer, los hará pedazos a todos tengo que pensar en otra cosa… otra cos…… otra cosa… tengo que pensar que no me duele la mano, no me duele la mano, no me duele la mano, no me due…

—Ved si es verdad que está a bordo, y matadlo —dijo el Maestro, iracundo—. ¡Encontradlo como sea, y matadlo!

Capítulo IX

El «privilegiado» fue Ambler, incluso antes de que, desde el interior del yate, llegase la noticia de que Número Uno estaba a bordo, y que debían matarlo… Estaba mirando hacia el cielo, donde otro cohete, ya muy lejos, había estallado en luces de colores, cuando notó algo en la garganta. Sorprendido, bajó la cabeza hacia el mar…, y casi quedó ensartado en el arpón que sobresalía de la borda, verticalmente, pegado al exterior del casco del yate…

—Quieto —oyó.

Petrificado de asombro, Ambler contemplaba aquella turma negra adherida al costado del yate, muy cerca de la borda. Una mano grande, de largos dedos que parecían cables de acero apareció, y se cerró sobre la madera; era una mano que parecía capaz de convertir en polvo una piedra, sólo estrujándola. Pero aún más duro era el arpón, cuya punta casi penetraba en la garganta de Ambler, que no salía de su asombro. Ahora lo distinguía bien: era un «hombre-rana», con un tubo de aire a la espalda. Un hombre-rana de rostro oscuro, y ojos que parecían formar parte de la noche.

—Si se mueve sólo un milímetro, el arpón le atravesará la cabeza —advirtió el hombre-rana—. Así que, sin moverse, simplemente, llame a su jefe.

Ambler tragó saliva, y casi respingó cuando la punta de hierro perforó ligeramente la piel de su garganta. Tenía incrustado el arpón de tal manera que sabía que no podría hacer nada, si el otro decidía dispararlo: antes de que pudiese tan siquiera completar un movimiento de retroceso, el arpón le atravesaría la cabeza.

—Renzo —llamó, con voz tensa—. ¡Renzo!

—Está abajo —se acercó otro hombre—. ¿Qué es lo que…?

Se quedó también petrificado al ver al hombre-rana, que habló rápidamente:

—Llame a Renzo —dijo— será mejor para todos que me

escuchen y pronto. Advierta de mi presencia a los demás y dígales que si disparan contra mí, van a morir todos… Sólo quiero hablar con el jefe de ustedes.

—Ve… ve a llamar a Renzo —jadeó Ambler—. ¡Ve a decirle que venga aquí!

El otro dio media vuelta…, y en aquel momento aparecía Renzo en cubierta, aullando:

—¡El tipo llamado Número Uno está en el yate! ¡Hay que encontrarlo inmediatamente! ¡Todos a busc…! ¿Qué te pasa?

El hombre que se había acercado presurosamente señaló hacia la espalda de Ambler, que parecía estar apocado en la borda tranquilamente, contemplando las luces de Atlantic City.

—Está allí —dijo.

—¡Dile a ese idiota que todos…!

—Está allí ese tipo, Número Uno, o como se llame.

—¿Que está allí? —se pasmó Renzo—. ¿Dónde? ¿Qué tonte…?

—¡No son tonterías! ¡Está allí, pegado a la borda como un pulpo, y metiéndole a Ambler un arpón en el cuello! Dice que quiere hablar con el jefe, y que, si disparamos contra él, vamos a morir todos.

Renzo palideció, y corrió junto a Ambler, que seguía inmóvil, cada vez un poquito más pálido, sudorosa la frente… Vio en seguida al hombre-rana, y respingó, llevando la mano hacia la pistola…

—Hágalo —dijo el audaz visitante—, y, dentro de poco, todos volarán en mil pedazos. O eso, o una conversación con el jefe de todo esto.

Los demás hombres del Maestro se habían acercado allí, y todos veían ya, pasmados, al hombre-rana, al que se apresuraron a apuntar con sus pistolas. Pese a esto, el visitante apartó por fin el arpón de la garganta de Ambler, que lanzó un chillido, y retrocedió, mientras el hombre-rana subía a bordo. Apareció como un gigante de negrura absoluta, debido al traje de goma, y tranquilamente, entregó el fusil con el arpón a Renzo, y luego el cuchillo. Se quitó el tubo de aire, lo dejó en cubierta, y luego desprendió de sus rodillas y codos unos discos que parecían de goma negra, y que Renzo comprendió que eran ventosas. Estaban todos tan asombrados, pese a tener las armas en las manos, que no acertaban ni a moverse, hasta el punto de que el hombre-rana tuvo tiempo de quitarse la

capucha de goma, incluso.

—Bien —dijo, con voz fría—, tenemos muy poco tiempo, señores. ¿Me llevan o no ante su jefe? Estoy desarmado, pueden comprobarlo; sólo quiero hablar con él.

Un pasillo se abrió ante el visitante, que emprendió la marcha hacia la entrada a los camarotes; dos hombres se apresuraron a precederle, y Renzo se colocó detrás, pistola en mano siempre…

—Venid sólo cuatro —dijo Renzo—. Los demás quedaros aquí, y ved que no haya más hombres-rana que puedan…

—No hay más —dijo el visitante—: yo siempre trabajo solo.

—Echad un vistazo —insistió Renzo—. ¡Y si hay alguno más, no le dejéis subir a bordo!

Rodeado de la mitad de los hombres del Maestro, el gigante de ojos negrísimos fue llevado al interior del yate, recorrieron el corto pasillo, y Renzo llamó a una puerta, abriéndola enseguida…, de modo que pudieron ver al Maestro inclinado, con un cuchillo en la mano derecha… Se había vuelto hacia ellos, y, al ver al hombre-rana, sus ojos se desorbitaron, y se puso en pie de un salto grotesco, vacilante… La mirada del visitante se apartó de él, cayó sobre Brigitte Montfort, cuyo costado izquierdo estaba manchado de sangre… No hubo el menor cambio en la expresión del hombre-rana. Sólo parpadeó, y volvió a mirar al hombrecillo de blancos y largos cabellos ondulados y ojos de niño viejo.

—Le voy a hacer una proposición —dijo con voz neutra, sin darle tiempo a reaccionar—: las vidas de todos ustedes por la de Brigitte. Tienen —alzó su brazo izquierdo y miró él reloj sumergible luminoso— dos minutos y cuarenta y seis segundos para decidirse.

—¿De qué está hablando? —gritó Renzo.

—Antes de subir a bordo, he colocado una carga explosiva en el casco del yate: explotará dentro de dos minutos y treinta y nueve segundos, y su potencia es suficiente para un barco diez veces más grande y sólido que éste.

—¡Mentira! —chilló el Maestro—. ¡Es mentira, quiere engañarnos! ¡Matadlo, él es Número Uno! ¡Matadlo! ¿No me estáis oyendo? ¡Matadlo, matadlo, matadlo…!

Pero ni Renzo ni ninguno de sus hombres se movió. Todos estaban pálidos, mirando a Número Uno, que entró en el camarote, y se acercó a Brigitte. Puso una rodilla en el piso, junto a ella, y

miró su rostro, sus ojos. Luego, arrancó la ropa en la parte manchada de sangre, y contempló los pequeños pinchazos crueles que el Maestro había inferido a la espía, como principio de aquella noche de tortura que habría sido larguísima. Finalmente, su mirada, como hielo negro, fue hacia el anciano.

Y después, volvió a mirar el reloj sumergible.

—Un minuto cincuenta y dos segundos —dijo.

—¿Qué quiere usted? —gritó Renzo, de pronto—. ¿Qué pretende con todo esto? ¡Está loco, vamos a morir todos…!

—A menos que acepten mis condiciones —asintió serenamente Número Uno.

—¿Qué condiciones?

—¡Ninguna! —aulló el Maestro—. ¡Está mintiendo, quiere asustarnos para llevarse de aquí a Brigitte Montfort! ¡Lo que él quiere…!

Lanzó un chillido cuando vio a Número Uno acercarse rápidamente a él, y se apresuró a alejarse, aterrado ante aquel gigante que lo miraba como si pudiese congelarlo… El Maestro salió como disparado del camarote, chillando:

—¡Matadlo, ya buscaremos nosotros esa carga…!

—Un minuto treinta y dos segundos —dijo Uno, volviendo a mirar su reloj—. ¿Creen que tienen tiempo, sin saber exactamente dónde la he colocado? Pues inténtenlo —volvió a mirar el reloj—. Pero atención ahora…

Todos le miraban con expresión desorbitada, mientras él miraba únicamente el reloj. Pasaron cinco segundos, y nada ocurrió. El ceño de Número Uno se frunció, en su rostro apareció una expresión inquieta… Pasaron más segundos… Y de pronto, cuando la inquietud de Número Uno era ya evidente, se oyó una explosión sorda, y el yate se movió un poco, de babor a estribor, provocando una colectiva exclamación de sobresalto.

—Primera carga, cuando falta un minuto quince segundos —dijo el espía—. El mecanismo de la carga grande ha sido puesto en marcha ahora. ¿No hay trato? Bueno, si creen que estoy tan loco como para venir aquí a meterme entre ustedes, sin tener una garantía de que al menos me los llevaré con nosotros al infierno, no hay más que hablar. Disparen: prefiero unos cuantos balazos a saltar por el aire despedazado.

—Usted va a salir de aquí —jadeó Renzo—, y va a retirar esa carga que…

Número Uno se movió, de pronto, a una velocidad que nadie pudo controlar. No tuvieron tiempo de la más pequeña reacción: de un puñetazo en la barbilla, envió a Renzo contra la pared del pasillo, y cerró la puerta del camarote, apartándose de delante en el acto. Varias balas atravesaron la madera, mientras afuera se oía la chillona voz del Maestro:

—¡Disparad, disparad, dispa…! ¡No! ¡No disparéis, vais a matarla a ella, y no quiero que muera así…!

Una seca sonrisa apareció en los labios de Número Uno, que se volvió hacia Brigitte y asintió con la cabeza.

—¡Uno! —gritó ella—. ¡Desátame, podemos saltar por la portilla antes de que estalle la carga! ¡Pronto, desátame!

—¡Les quedan cincuenta y ocho segundos! —gritó Uno.

De entre los muslos sacó un pequeño envoltorio de plástico, que contenía una pistola. Apuntó hacia la puerta, y disparó cuatro veces, formando un rectángulo perfecto con los cuatro orificios, que destacaban en comparación con los producidos por Renzo y sus hombres, mucho más astillados.

Afuera se oyó una voz:

—¡Está armado, y van a saltar por la portilla…!

En seguida, ruido apresurado de pies, gritos… Número Uno se acercó a la portilla, y miró por ella, contemplando, segundos después, a los hombres que saltaban al mar por aquel costado del yate. Sin decir palabra, sin mirar a Brigitte, salió del camarote, subió a cubierta, tras examinar a Renzo, que continuaba caído en el pasillo, y fue a la cabina de mandos, pensando en la fragilidad del ser humano: un golpe en la barbilla, y Renzo había pasado al mundo de los muertos.

—Suponiendo que exista ese mundo —se dijo.

El yate había sido abandonado por todos sus ocupantes, de modo que seguía su marcha ahora un tanto incierta. Número Uno tomó el volante un par de minutos, gobernando bien la marcha. Luego, paró los motores, y volvió abajo. Por supuesto, había pasado el límite del tiempo, pero no se había producido ninguna explosión.

—¿Y si no los hubieses engañado? —susurró Brigitte.

Número Uno no contestó. Acercó sus manos a las de Brigitte, y

ella respingó:

—Cuidado, mi amor… Creo que tengo algún hueso roto…

Con gran cuidado, Uno la desató, y la ayudó a ponerse en pie. Brigitte se abrazó a su cintura, y quedó así, quieta, notando la fuerza de él.

—Tengo que llamar por la radio —dijo Uno.

—Sí… Ve arriba… Me reúno contigo en seguida, mi amor.

—Bien.

Él salió del camarote, y Brigitte quedó vacilante sobre sus pies, dormidos debido a la sostenida presión de las cuerdas. No sentía los pies, no podía caminar… Le dolía el pecho, los riñones, la cabeza, el costado… Dio un paso vacilante, otro paso… Número Uno reapareció en el camarote, mirándola ceñudo. La tomó en brazos, y caminó hacia la cubierta.

—No quería preocuparte —murmuró ella, abrazada a su cuello —. Creía que podría caminar, y que…

—No necesito tener el artefacto SPITBRA para saber que me estás mintiendo —sonrió él— lo que has querido hacer era sólo mantener intacto tu orgullo. ¿Quieres probarlo de nuevo?

Brigitte cerró los ojos, y hundió su rostro en el cuello de Uno, bajo la barbilla, permaneciendo silenciosa. Llegaron a cubierta, y Uno miró hacia la cabina de mandos, donde estaba la radio…

—Sabía que era mentira —dijo una voz tras él—. ¡Lo sabía, a mí no podía engañarme! ¡Vuélvase!

El espía había quedado inmóvil, al oír la voz tras él. Se volvió, y él y Brigitte miraron al Maestro, que estaba junto a la esquina de las cabinas, sosteniendo con manos inseguras el fusil con arpón de Número Uno.

—Esos cobardes se han tirado todos al mar —jadeó el viejo canalla—. Pero me basto yo solo, ahora. ¡Y no pretendan engañarme con otro truco tonto!

—Cuidado con eso —sonrió Brigitte—, podría disparársele, gusanito.

—Ah… ¿Todavía conserva el temple? Muy bien… Los tengo a los dos: a usted y al hombre que ama. Muy romántico el gesto de Número Uno, llevándola en brazos… Y así es como van a morir: románticamente. Ya no quiero más riesgos con ustedes, no… Van a morir juntos, abrazados, atravesados por el mismo arpón,

ensartados como dos bichos. Y lo siento, porque mi odio hacia usted no se extinguirá ni siquiera cuando la vea muerta, WAX 3940777.

—Peor para usted. Aunque no se preocupe, Maestro, no va a verme muerta. Y no diga que no se lo advertí: Número Uno le romperá el cuello…

Coincidiendo con la última palabra de Brigitte, Número Uno la soltó, de pronto, y ella cayó al suelo, girando como una gatita, y lanzando un aullido de dolor cuando su mano derecha entró en fuerte contacto con la cubierta. Para entonces, el Maestro, tras un respingo y una vacilación, había disparado el arpón…, pero ya, ni ella ni Número Uno estaban adonde había apuntado el anciano, cuyos reflejos, ciertamente, no se podían calificar de admirables… El arpón, suelto, se perdió hacia el mar, y el anciano retrocedió, desorbitados los ojos, mirando a Número Uno que, tras el felino salto de esquiva, estaba ahora mirándolo fijamente, impávido.

—No —jadeó el Maestro—. ¡No, no! ¡Voy a ser rey del mundo, les daré todo lo que quieran, les daré el mundo, lo tendrán en sus manos…! ¡Se lo juro! ¡Todo el mundo para ustedes!

Número Uno alzó las cejas, y miró a Brigitte, que, lívida de dolor, se ponía en pie, sujetándose la mano derecha.

—¿Tú qué dices? —preguntó él—. ¿Te interesa?

—No.

El mejor espía masculino de todos los tiempos, alargó un brazo, velozmente, y asió al Maestro por los cabellos, atrayéndolo de un tirón. El Maestro comenzó a chillar, a lanzar golpes y puntapiés, enloquecido de terror y de rabia… Sin alterarse, Número Uno lo atrajo contra su pecho, lo sujetó allí con fuerza, como abrazándolo, y su brazo derecho pasó por detrás de la nuca del Maestro y llegó, dando la vuelta, hasta la barbilla. Entonces, Número Uno la asió, y tiró hacia atrás, hacia la espalda del anciano. Se oyó un crujido, y el Maestro quedó como un viejo muñeco en brazos del espía, que lo asió por los sobacos, miró a Brigitte y, cuando ella asintió, alzó el cadáver como si fuese de paja, y lo tiró por encima de la borda.

Luego, tranquilamente, fue a la cabina de mandos, y manipuló en la radio hasta conseguir la onda pretendida.

El helicóptero apareció apenas tres minutos más tarde, y Número Uno miró, interrogante, a Brigitte, que asintió: podría hacerlo, decía ella. Del helicóptero colgó una escalerilla de cuerda con travesaños

de madera, y Baby emprendió la corta ascensión, seguida de Uno, que estaba atento a una posible caída. Pero no tuvo que intervenir. Brigitte llegó a la abierta portezuela del helicóptero que estaba suspendido sobre el yate, dirigió una mirada al piloto, y exclamó:

—¡Frankie!

—¿Có-có-có-có…?

—¿Qué haces? ¿Estás imitando a una gallina?

—N… n… nooo… Pre… pregunto que… que có… có… cómo es… est… estás… —tartamudeó Minello, mirándola con ojos desorbitados.

—Vámonos —dijo Uno, apareciendo ágilmente en la puerta—. Va a hacer mucho calor aquí antes de dos minutos… Directo hacia Langley, Minello, si no le importa, quiero que el médico de la CIA, que siempre atiende a Brigitte, le eche un vistazo.

—Me parece una maravillosa idea —exclamó Frank.

—Y ya que voy allá, le diré a *mister* Cavanagh que llame a tío Charlie y le diga que todo el peligro ha pasado, al parecer —dijo Brigitte—. Así, cuando llamen los Simones… Oh, ¿qué importan los detalles? Todo está arreglado, es lo que importa.

—Gracias a Número Uno —dijo Minello.

—Frankie, eres un traidor —reprochó Brigitte—, creía que sólo podías admirarme a mí.

—Bueno, es que él… ¡Hey, veo a algunos hombres nadando hacia el yate! Deben comprender que han sido engañados y que no hay ya peligro, puesto que nos vamos en helicóptero, y dan por terminado el baño. Supongo que encontrarán el modo de alcanzar la borda, aunque no es fácil…

—Les resultará fácil —dijo Número Uno—, porque me he molestado en bajar la escalera grande.

—¿De veras ha hecho usted eso? —exclamó Minello—. Vaya… No sabía que fuese usted tan considerado con sus enemigos.

—Con los míos suelo serlo con frecuencia —murmuró Número Uno—, pero nunca con los de Brigitte.

—Pero en este caso…

—Calla, Frankie —dijo Baby—. Será mejor. ¿Cuánto falta para la verdadera explosión, mi amor?

—Minuto y medio —dijo Uno, mirando su reloj.

—¿De qué hablan? —se sorprendió Minello, que pilotaba el

helicóptero rumbo al Sudeste—. ¿Va a explotar algo?

—Calla, Frankie —insistió Brigitte.

Se abrazó al pecho de Número Uno y suspiró. Minello miraba al frente de su ruta, con el ceño fruncido, pensativo. ¿Verdadera explosión? ¿Qué habían querido decir?

Y todavía estaba pensando en ello cuando, tras él, el mar se alzó en una tromba de agua, y un rojo resplandor se esparció en docenas de millas a la redonda.

Las palabras de Número Uno estaban todavía frescas en la mente de Frank Minello: los haré pedazos, había dicho, refiriéndose a los enemigos de Brigitte.

Y al parecer, Número Uno era de los hombres que acostumbraban a ser fieles a sus palabras.

Este es el final

—Pues yo —dijo Minello— tengo la solución, Brigitte.

—¿De veras? ¿De veras, Frankie? ¡Dímela!

—El mejor modo de ocultar esa escayola que afea tu linda muñeca derecha es cubrirla con grandes pulseras de oro macizo.

—¡Pero qué bruto eres…! Además, eso sería una vulgaridad.

—Pues yo lo haría.

—Me parece que me resignaré a lucir la escayola —suspiró Brigitte, alzando su bracito derecho, escayolado hasta la mitad del antebrazo—. Total, sólo va a ser un par de semanas, ya que el hueso sólo estaba… ¿Qué te pasa? ¿Qué estás pensando?

—Es la primera vez que te rompen un hueso, ¿verdad?

—Sí. Pero ya te digo que no está roto. Sólo… Un momento. —Brigitte miró a Uno, que degustaba plácidamente su copa de champaña con guinda, sentado en un brazo del sofá del salón de Brigitte—. Hay algo que todavía no me has dicho, mi amor.

—¿Qué cosa? —alzó él las cejas.

—Lo he comprendido todo muy bien —musitó ella—. Preparaste lo de la lancha, lo del helicóptero… En fin, todo. Pero quizá te dejaste un detalle suelto, mi amor.

—¿Sí? ¿Cuál?

—¿Qué habría pasado si ellos no te hubiesen creído y hubieran saltado al agua, por lo tanto? No nos habrían dejado solos en el yate, tú sólo tenías una pistola, ellos eran muchos, estábamos encerrados en el camarote… ¿Qué habríamos podido hacer?

—Yo lo sé —dijo Minello—. Número Uno te habría tirado al mar por la portilla, para que yo te recogiese, si él no me llamaba a determinada hora. Y él se habría quedado en el yate, porque sus hombros no habrían pasado por la portilla, así que…

—Parece usted una sucursal de SPITBRA, Frankie —refunfuñó Número Uno—, ¿acaso puede adivinar los pensamientos?

—No señor, es que usted me lo dijo. ¿No recuerda?

—¿No sabría estar callado? —gruñó Uno.

—Bueno, es que yo… Usted me lo dijo, ¿no? Usted se habría quedado allí…

—Calla, Frankie —murmuró Brigitte, dulcemente—. La verdad es que eso ya lo sabía yo. Y aún sé más que tú: si la mentira de Uno no hubiese dado resultado, yo no habría saltado al mar por aquella portilla…

—Habrías saltado —dijo Número Uno.

—No, mi amor. O los dos, o ninguno.

—Eso ya se habría visto.

—Ya sé que tienes muchísima más fuerza y habilidad que yo —sonrió ella—, pero no habrías conseguido obligarme a eso.

—Zambomba —pudo sonreír Frankie, que estaba aterrado ante lo que comprendía de aquel amor—. ¡Sería interesante contemplar una pelea entre Número Uno y Baby!

—Eso es fácil; lo vas a ver ahora mismo —dijo Brigitte.

—¡Zambomba! ¿De veras?

Brigitte se puso en pie, se acercó a Número Uno, y le echó los bracitos al cuello.

—Primer asalto… —susurró.

Se apretó contra él, y lo besó. Minello quedó boquiabierto un instante. Luego, enrojeció. Acabó su copa de champaña, se puso en pie, y se dirigió hacia la puerta del salón.

—Adiós —masculló.

Llegó allí sin haber obtenido respuesta, y se volvió. Seguían besándose.

—¡Adiós! —gritó.

Silencio.

—¡Adiós, que me voy! —vociferó—. ¡Que me largo!

Silencio.

—¡He dicho que me voy!

Silencio.

Frank Minello soltó otro gruñido, y salió del salón.

No necesitaba introducir un espía en el cerebro de aquella pareja de espías para saber que había llegado el momento de dejarlos solos.

Que, a fin de cuentas, es como están siempre los espías.

FIN

Notas

[1] Ver *Operación Estrellas*. < <

[2] Ver *La pitonisa*, de esta colección. < <

[3] Ver *Veneno en la sangre*. < <

[4] El Maestro es el personaje central, enemigo de Baby, en la aventura de ésta titulada *Lluvia atómica*, que se desarrolla en las selvas de América del Sur. < <